Alfredo García y García (Adeflor) (Freud)

LOS RUBIANES

COMEDIA

en tres actos y en prosa, original



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, 24

1918

LOS RUBIANES

LOS RUBIANES

COMEDIA EN TRES ACTOS

EN PROSA, ORIGINAL DE

Alfredo García y García (ADEFLOR) (pseud)

Estrenada en el TEATRO ROBLEDO, de Gijón,
el 13 de Diciembre de 1918



GIJÓN
IMPRENTA DE "EL COMERCIO"
Calle Corrida, núm. 23
1918

A mi hijo Alfredo.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
CRISTINA..........	18 años	Margarita Robles
FRANCISCA	55 »	María Santoncha
DOÑA ESPERANZA	50 »	Angelita Plana
LUISITA	16 »	Juanita Robles-Martín
ANGELITA........	18 »	Paz Robles
JUANITA..........	20 »	María Luisa Vega
MATILDE.........	22 »	Consuelo Geijo
MANUEL	50 »	Evaristo Vedia
DON PABLO......	65 »	José García de Leonardo
RAMÓN...........	60 »	Antonio Pérez Sáez
PRÓSPERO	48 »	Antonio Lagos
DON SABAS	55 »	Miguel Pozanco
DON RICARDO...	50 »	Arturo Navarro
TOMÁS	25 »	Carlos Domínguez
EL ALCALDE.....	50 »	Manuel Enríquez

La acción en Cantabria.—Época actual.



ACTO PRIMERO

Habitación de una casa solariega de clase media, en un pueblo norteño. Una mesa antigua. Un sillón y sillas de cuero. Foro que dá á la calle, y puertas laterales.

ESCENA PRIMERA

CRISTINA, DOÑA ESPERANZA, LUISITA y JUANITA (Estas tres últimas por el foro).

CRISTINA (Saliendo al encuentro). Mucho os agradezco que hayáis venido.

ESPERANZA Nada, hija. Ya sabes que al recordarnos que hoy era el santo del buen D. Pablo, nos hemos apresurado á venir á felicitarle.

LUISITA ¡Es tan bueno!

JUANITA ¡Y se halla tan resignado con su suerte!

CRISTINA Yo quiero darle una gran tarde, aprovechando que papá y mamá se fueron á la quinta del Robledal.

ESPERANZA Que pronto será vuestra. Todo se sabe. Los de Padilla no podrán pagar el préstamo.

CRISTINA No lo ambiciono. ¡Debe ser muy triste aprovecharse de la desgracia ajena!

ESPERANZA ¡Qué quieres, la vida es así! Cuando mi pobre Alberto me dejó sola en el mundo con éstas que eran unas criaturas, me ví precisada á reducirme, malbaratándolo todo para pasar el resto de la vida con decoro.

LUISITA (A Cristina). Mira, una boquilla de ámbar para D. Pablo.

ESPERANZA De la colección, sin estrenar, de mi inolvidable Alberto.

JUANITA Pues yo no he querido ser menos.

CRISTINA ¡Qué hermosa pitillera!

ESPERANZA De plata antigua La dejó nueva el difunto.

CRISTINA Pues esto está muy bien, porque yo le llevé esta mañana á su cuarto flores y cigarros. ¡Qué contento se va á poner...! (A Juanita). Y hablando de otra cosa, picarona, ya sé que tus relaciones con D. Sabas se van formalizando.

JUANITA ¡No es verdad!

ESPERANZA Di que sí. D. Sabas, hombre serio, si los hay, no puede mostrar mayor interés.

LUISITA Y tú también, mamá.

ESPERANZA Cállate. ¡Qué sabéis vosotras de la vida! ¡Si no fuera esta madre que tenéis!.

JUANITA ¡No habléis de eso! ¡Por Dios!

ESPERANZA Pues sí he de hablar, porque D. Sabas no es tan viejo como dicen. ¿No has observado, Cristina, que no tiene ni una cana?

LUISITA Ni casi un pelo, mamá. ¡Como que gasta bisoñé!

ESPERANZA Esa es una calumnia que recoges del arroyo. Y tú, mala hermana, no debes dar pábulo á esas maledicencias.

LUISITA Además, á Juanita y á D. Sabas les llaman por ahí el Parlamento; porque dicen que Juanita es el Congreso y D. Sabas el Senado.

ESPERANZA ¡A esos envidiosos ya les daría yo cortes... pero en la lengua!

ESCENA II

DICHOS, DON RICARDO y ANGELITA. (Por el foro).

ANGELITA (Entrando alborozada y dirigiéndose á las jóvenes). ¡Cristina, Luisita, Juanita! Todas estamos aquí para felicitar al buen don Pablo. (Se saludan y besan, formando grupo aparte).

RICARDO (Oyendo los besos). ¿Y para mí no hay nada, D.ª Esperanza?

ESPERANZA Usted siempre tan chirigotero.

RICARDO Pues usted y yo, como viudos, no haríamos mala pareja.

ESPERANZA De la Guardia civil. ¡No empieze usted á ponerme nerviosa!

CRISTINA (Separándose del grupo y haciendo conversación general). El tío debe estar para bajar de un momento á otro. Le dejé hace poco en el final de su "toilette". Se está poniendo como en sus tiempos de prosperidad.

ESCENA III

DICHOS y DON PRÓSPERO

PRÓSPERO (Desde la puerta del foro). Entonces, qué, ¿se festeja esto? ¿No hay una copa?

RICARDO Modérate y entra, Próspero. Este es un santo á palo seco.

CRISTINA (A Próspero). ¿Usted también viene?

PRÓSPERO (Entrando). Yo soy el mejor amigo de tu tío, aunque rabie tu madre. Y eso que tu tío y yo somos diametralmente opuestos.

RICARDO Como que él dejó á Cuba, y tú no sales de ella.

PRÓSPERO Poco ingenioso; pero en cambio, respetuosísimo.

ESPERANZA ¡Este hombre tan ordinario me desconcierta!

PRÓSPERO Saludo á las damas, con respeto.

ESPERANZA Ya era hora, y se le corresponde.

PRÓSPERO De mala gana. Usted nunca me ha podido tragar.

RICARDO ¡Y eso que eres un bocado exquisito!

PRÓSPERO Peores los hay, y pasan. ¿Verdad, doña Esperanza?

CRISTINA (Que se ha separado del grupo y ha estado atisbando desde una lateral izquierda). (Con júbilo). ¡El tío que llega! Recibámoslo entre dos filas, y tocando la Marcha Real.

PRÓSPERO ¡Poco á poco! Yo no puedo renunciar á

mis ideales de toda la vida. O se le recibe con la Marsellesa, ó me voy.

RICARDO Yo como hombre gubernamental, propongo un término medio: recibámosle con el himno de Riego.

ANGELITA Palmoteando será mejor.

LUISITA ¡Sí, sí! Aplaudamos.

ESCENA IV

DICHOS y D. PABLO, por lateral izquierda. Luego, MATILDE

(Forman todos en dos filas, palmoteando).

LUISITA ¡Viva D. Pablo, y que los tenga muy felices!

PABLO ¡Vaya una ovación!

RICARDO ¡Un abrazo, D. Pablo!

ESPERANZA ¡Venga esa mano!

PRÓSPERO Y á mí, las dos, porque D.ª Esperanza todavía piensa en una sola.

CRISTINA Haya orden. Tío, aquí, al sillón. ¿Estás contento? Todos te queremos mucho, mucho...

(Se sienta D. Pablo),

RICARDO Como humilde recuerdo de este día, Angelita y yo le traemos este modesto obsequio.

PABLO ¡Preciosa cartera!

ESPERANZA ¡Niñas, niñas, aquí!

JUANITA (Entregándole la petaca y besándole la mano). Con un beso.

LUISITA (Entregándole la boquilla). Para que no se trague la nicotina.

PRÓSPERO Haciendo honor á mi nombre, que es un contrasentido, yo le deseo, D. Pablo, mil prosperidades. (Risas).

PABLO ¡Me llenáis de alegría en medio de mis tristezas! Yo sólo os doy mis lágrimas de gratitud.

CRISTINA ¡Nada de lloriqueos! Y ahora, D. Próspero, la prometida sesión de homenaje. A ver, ustedes aquí, á las sillas; yo al lado de mi tío, y usted, D. Próspero,

allá, á la mesa, de mantenedor de esta fiesta. (Llamando). ¡Matilde, Matilde! (A D. Próspero). Pronuncie usted el discurso en loor del festejado.

MATILDE (Entrando). ¿Qué desea la señorita?

CRISTINA El tapete del comedor y un vaso de agua.

MATILDE ¡Enseguida! (Sale).

PRÓSPERO Vaso de agua, no. ¡Protesto!

RICARDO ¡Sacrifícate, hombre, y resígnate! Es la costumbre. Una costumbre con azucarillo.

PRÓSPERO ¡Con azucarillo está peor!

RICARDO No te molestes, que indirectas no sirven.

MATILDE (Entrando). Aquí está todo. (Coloca, ayudada por Cristina, el tapete y el vaso de agua con azucarillo sobre la mesa). ¿Quieren algo más?

CRISTINA Que nos avises cuando vengan papá y mamá (Vase Matilde por la izquierda).

RICARDO ¿Y la reina de la fiesta?

PRÓSPERO D.ª Esperanza, y yo su corte de amor. (Algazara).

CRISTINA Formalidad, y cada cual á su puesto. (Se colocan las sillas frente á la mesa en dos hileras, estando á la cabeza el sillón, con D. Pablo. D. Próspero se dirige á la mesa ceremoniosamente).

PRÓSPERO Señoras y señores: (Tose y mira con desprecio al vaso de agua). Levanto mi voz, porque copa no hay de qué, en homenaje al más ilustre de los hermanos Rubianes, con el feliz motivo de su fiesta onomástica y cumplimiento de los 65 años de su gloriosa vida.

RICARDO ¡Bravo!

PRÓSPERO Gracias, y ruego que no se me interrumpa. Levanto mi voz para enaltecer al hombre honrado que vino de América sin una peseta, lo cual prueba una de dos cosas: ó que supo gastárselas, que para eso son, ó que no tuvo malas artes para hacerse millonario.

RICARDO ¡Pido la palabra!

PRÓSPERO Pida usted lo que quiera, D. Ricardo, que será inútil. Aquí no dan nada. (Siguiendo el discurso). Yo echo muy de menos un vaso de vino para brindar. Tapen los oídos las niñas. El vino viene de la uva; la uva cuelga de la parra, de cuyas hojas se sirvieron nuestros primeros padres cuando se dieron cuenta de que tenían pudor. De modo, que si una hoja de parra sirvió para tan alto menester, sin un vaso de vino no es posible tener vergüenza. (Algazara).

RICARDO Brinda con el vaso de agua.

PRÓSPERO ¡No tolero que se me hable del agua! El agua, señoras y señores, es la causa de todos nuestros males. Los microbios la pueblan, y las enfermedades la inundan, que es el colmo, porque inundar el agua es la última palabra de la inundación. El agua encharca, ahoga, mata. El ser humano que la bebe, no bebe, abreva.

RICARDO Abrevia. (Risas).

PRÓSPERO Bien; pero no tengo yo la culpa de que se me interrumpa. Y tras este exordio voy á...

MATILDE (Entrando precipitadamente). ¡Señorita, señorita! Los papás que llegan.

PRÓSPERO Voy á..... retirarme, porque donde hay patrón no manda marinero, y yo con los dueños de la casa no quiero bromas. (Todos se levantan y se dispersan).

RICARDO Vaya, señores, hasta luego. D.ª Esperanza, niñas, á los pies de ustedes. Don Pablo, que esto se repita cien años más, y con mejor orador.

PRÓSPERO ¡Hombre, en el Congreso hablan peor!

RICARDO Cristina, díle á tu padre que me espere, que tengo que hablar con él.

ANGELITA Yo también volveré con papá. (Aparte á Cristina.) Me ha dicho Juan que tengo que hacerle un favor. Ya sabes que soy vuestro cartero honorario.

CRISTINA (A D. Ricardo). Se lo diré, D. Ricardo. (Aparte á Angelita). Un beso, que eres muy buena. (Vánse D. Ricardo y Angelita).

ESPERANZA ¡Niñas, vamos á la novena!

PRÓSPERO Mucha suerte, D.ª Esperanza. Se dice que á la tercera va la vencida, y quién sabe si estará de Dios que lo de sus bellas hijas sea..... á la novena.

PABLO Antes que desfilen, mi gratitud muy honda para todos.

LUISITA Y todos digamos muy bajito: ¡Viva don Pablo!

TODOS Á LA VEZ (Muy bajo). ¡Vivaaaaaaaa! (Todos se van precipitadamente por el foro, y con gran algazara, menos Cristina y D. Pablo).

ESCENA V

CRISTINA y DON PABLO

CRISTINA ¿Estás contento?

PABLO Lo estaría más si esos (dirigiéndose á los que llegan) me trataran con menos despego.

CRISTINA Mi padre ya sabes que te quiere, y que te abrió los brazos...

PABLO Pero ella...

CRISTINA ¡No te entristezcas!

PABLO Es verdad; en este día sólo anhelo ser feliz y olvidarlo todo. ¿Quiéres que vayamos á gozar de este buen sol con que me regala Dios?

CRISTINA ¿No esperamos á papá?

PABLO ¡Para qué, si no viene solo!

CRISTINA Pues antes que lleguen. Le daré á Matilde el encargo que me hizo D. Ricardo. (Vánse por el foro).

ESCENA VI

RAMÓN y FRANCISCA. (Por el foro, habiendo estado sola la escena unos momentos).

(Entran ambos lentamente, yendo ella delante, y deteniéndose ambos al dialogar.)

FRANCISCA (Después de dar unos pasos en actitud calcu-

ladora, y parándose). De modo que el préstamo vence mañana...

RAMÓN Sí. (Pausa). (Siguen andando).

FRANCISCA (Nueva parada). ¿Y el registrador no te dijo nada?

RAMÓN Nada. (Pausa).

FRANCISCA ¿Seguirá siendo el apoderado de los Padilla?

RAMÓN Así creo. (Pausa).

FRANCISCA ¡Hermosa quinta esa del Robledal!

RAMÓN Como no hay otra en veinte leguas á la redonda.

FRANCISCA Y en la casa hay de todo. Se puede habitar cuando se quiera. ¡Y pensar que mañana será nuestra!

RAMÓN No te entregues á la alegría. Acaso los Padilla nos paguen, y...

FRANCISCA ¿Vamos á mirar esos otros papeles?

RAMÓN En la mesa están. (Se sientan uno frente al otro en la mesa, sacando Francisca varios cuadernos de uno de los cajones. Entretanto, entra Matilde).

MATILDE El señor Registrador ha dejado dicho que le esperen, que vendrá enseguida, pues tiene que hablarles.

FRANCISCA Está bien.

MATILDE ¿Se le ofrece algo á la señora?

FRANCISCA Nada. (Se va Matilde).

RAMÓN Ya pareció aquello.

FRANCISCA Vendrá á hablarnos del préstamo, y acaso á pedirnos una prórroga. Y fíjate bien en lo que te digo: no hay prórroga. Este asunto no se nos debe ir de las manos, y no necesito decirte más. (Mirando los papeles que tiene delante). Esta liquidación del contratista no me satisface.

RAMÓN Tampoco á mí.

FRANCISCA Debió haberse ganado más.

RAMÓN Mucho más. Los materiales eran de deshecho... El puente también se hizo de pacotilla... Lo llevará la primera riada.

FRANCISCA Mejor salimos en otros negocios.

RAMÓN Sí; pero ese contratista se da cuenta de

que yo tengo que callarme para que no se descubra que él no es más que un pantalla nuestro...

FRANCISCA Esto marcha. . pero hay que estar alerta. Supongo que de la subasta de los nuevos impuestos ya habrás hablado á los concejales del partido.

RAMÓN Ya hablé al Alcalde, y parece poner reparos.

FRANCISCA Es que quiere parte.

RAMÓN Eso creo yo.

FRANCISCA Amenázale. Díle que vas á escribir al diputado.

RAMÓN Ya se lo he dicho. Habrá que darle algo.

FRANCISCA Pero que no ponga el asunto á nombre de este bribón de contratista. (Señalando al libro).

RAMÓN Ya tengo hablado á Rosendo el de los Molinos.

FRANCISCA Ese parece menos interesado.

RAMÓN Y en caso de hacer frente á los morosos, ya sabes que es un bravo.

FRANCISCA Es un tigre. Acuérdate cuando mató á Jacinto, el sobrestante que nos estorbaba.

RAMÓN Bien trabajamos su absolución. Dos mil duros nos comieron los jurados.

FRANCISCA Y el abogado, tres mil pesetas.

RAMÓN Había que ver á aquel viejo marrullero con toga, llorar á lágrima viva y jurar por la inocencia de su defendido, sabiendo que Rosendo le había disparado á Jacinto por la espalda.

FRANCISCA Muchos jurados también lloraban.

RAMÓN Y cobraron lo convenido. (Pausa).

FRANCISCA Te estás olvidando de lo que te aconsejé.

RAMÓN ¿De qué me hablas?

FRANCISCA De deshacernos de ese periodicucho que habla de nuestros negocios. El semanario tuyo no sabe defendernos.

RAMÓN Ya dije á Carmelo que buscara la manera de darle un palizón á quien escribe con-

tra nosotros. ¡Y que pretenda á mi Cristina!

FRANCISCA No les perdonaré nunca que me llamen la "señora ansiosa".

RAMÓN ¡Anda, que á mi bueno me ponen!

FRANCISCA Son unos envidiosos. Pero han de rabiar, pues hasta ser millonaria no he de detenerme. ¡Y si tu tuvieras más espíritu! ¡Y si Cristina hiciera una buena boda! Lo primero, y eso hoy mismo lo corto yo de raiz, es que no le haga caso á ese mequetrefe que no tiene donde caerse muerto.

RAMÓN Eso es cosa tuya. (Pausa). ¿Cerraste la cuenta? ¿Qué se ha ganado en el año?

FRANCISCA 120.000 pesetas.

RAMÓN Menos que el año pasado.

FRANCISCA Pero este que viene, dirigiéndolo yo todo...

RAMÓN Guarda el libro, que ganancia conocida, envidia despertada.

FRANCISCA Sobre todo que no lo vea tu hermanito. ¡Esa sí que ha sido buena! ¡Regresar de América viejo, enfermo y arruinado!

RAMÓN Pero era mi hermano, y nos había mandado algún dinero.

FRANCISCA Déjate de tonterías. Ya te dije que no me conviene en casa.

RAMÓN ¿Y dónde quieres que vaya?

FRANCISCA A la aldea. Le sostendremos allí con poco dinero, y nos ahorraremos además comentarios. ¡Para lo que le resta de vida!

RAMÓN Deja tiempo al tiempo.

FRANCISCA Dejaré lo que quieras; pero yo, ya lo sabes, no le quiero en casa. Con su manía de ponerse siempre al lado de la justicia, acabará por darnos un disgusto serio. (Toda esta escena será llevada con la calma sórdida, adecuada al carácter de los personajes).

ESCENA VII

DICHOS, RICARDO y ANGELITA. (Por el foro).

RICARDO (Desde la puerta). ¿Muy ocupados?

FRANCISCA Para ustedes siempre visibles.

ANGELITA Con permiso, yo voy á buscar á Cristina que pasea con D. Pablo en la Alameda.

RICARDO Vete, y no tardes, que yo acabaré enseguida.

ANGELITA Pues hasta ahora. (Váse por el foro).

RAMÓN ¿Hay embajada?

RICARDO Misión, si hay; pero sin diplomacia. El asunto, está muy claro. Supongo que sabrán á lo que vengo. El préstamo vence mañana.

FRANCISCA No llevábamos cuenta de ello. ¿Verdad, Ramón?

RAMÓN Efectivamente, siendo usted el mediador, estábamos descuidados.

RICARDO Pues la cosa es esta: los Padilla no pueden pagar, y vengo á buscar un arreglo.

FRANCISCA Siéntese, D. Ricardo, y usted dirá. (Se sientan).

RAMÓN ¡Esos pobres Padilla! ¡Oh la plata heredada! ¡Las exigencias de la Corte! ¡La poca cabeza!

FRANCISCA ¡La vida, D. Ricardo, la vida!

RICARDO Verdad que los Padilla no han cuidado mucho de su acervo; pero aún les queda...

FRANCISCA Entonces..

RICARDO Pero los tiempos no están para realizar fondos, sin exponerse á grandes pérdidas. Es preciso que se normalice la situación financiera del mundo.

RAMÓN ¡Esa guerra que ha costado tantas víctimas!

RICARDO ¡Y de cuya sangre se ha alimentado tanta gente...! Es el caso que...

FRANCISCA Usted dirá.

RICARDO Que los Padilla no pueden ahora pagar.

FRANCISCA ¡Cuánto lo sentimos! ¡Pobre gente!

RICARDO Y no pudiendo los Padilla atender el

préstamo, y para evitar una decisión judicial, desean que por una cantidad determinada se queden ustedes con la finca. Aquella casa es un Palacio, y aquellos jardines...

FRANCISCA ¡Lujos de ricos! ¡Para qué queremos nosotros eso, si con esta choza ya nos basta para nuestra pobreza! ¿Verdad, Ramón?

RAMÓN Verdad has dicho, mujer.

RICARDO ¿Entonces?

FRANCISCA Ramón dirá.

RICARDO Dirá lo que usted diga.

RAMÓN Yo digo...

FRANCISCA Que si mañana vence el préstamo, que de eso ni nos acordábamos, se nos pagará, y en paz.

RICARDO Pero mañana no se podrá pagar.

FRANCISCA Pues entonces... usted, que es abogado, sabe que ni Ramón ni yo decimos nada... Con lo que diga la ley nos conformaremos.

RICARDO ¿Qué ley? Porque hay dos leyes: la de Dios y la de los hombres.

FRANCISCA ¿Predicador de Cuaresma también? Tiene usted mucho talento, D. Ricardo.

RICARDO (Levantándose). No el suficiente para haber comprendido que este paso era inútil.

RAMÓN (Levantándose). No se enfade, D. Ricardo, ¡por Dios! Y dígales que lo sentimos muchísimo...

FRANCISCA (Levantándose). Y que si para levantar el préstamo no quieren el escándalo, con el cual padecería su crédito...

RICARDO ¿Qué?

FRANCISCA Que siempre habrá un arreglo amistoso.

RICARDO Vamos, sí; que ustedes les harán el favor, por el valor del préstamo, de quedarse con la finca. ¡Es una magnanimidad que no esperaba!

FRANCISCA Y eso lo haríamos por usted.

RICARDO Se me ocurren tantas cosas, que no acierto á decir ninguna.

ESCENA VIII

DICHOS, ANGELITA, CRISTINA y D. PABLO
(Por el foro).

ANGELITA ¿Nos vamos, papá?

RICARDO Sí, y has llegado muy á tiempo. Señores, buenas tardes.

PABLO Buenas tardes, D. Ricardo.

RICARDO No tan buenas, D. Pablo.

(Angelita y Cristina se besan despidiéndose).

CRISTINA (Aparte á Angelita). Muchas gracias, mi cartero bienhechor. ¡Tengo unas ganas de quedarme sola para ver lo que me dice!

RICARDO ¿Vienes, Angelita?

ANGELITA Sí, papá. (Vánse por el foro).

FRANCISCA (Aparte á Ramón). Has estado muy tímido.

RAMÓN (Aparte á Francisca, observando de reojo la presencia de Cristina y D. Pablo). Hablaremos allá dentro. (Se van por lateral izquierda sin mirar ni decir nada á D. Pablo y á Cristina).

ESCENA IX

D. PABLO y CRISTINA

PABLO ¿No lo ves? ¡Se van sin decirme nada, sin acordarse en todo el día de que hoy es mi santo!

CRISTINA Tío Pablo, ¿no sabes que yo te quiero?

PABLO Tú, sí, y no me explico cómo entre las fieras pueda vivir un ángel.

CRISTINA Estás que disparatas.

PABLO Tienes razón, que desatino es que hable mal de los que te rodean.

CRISTINA Ya les he regañado, porque te han hecho mudar al piso de los criados.

PABLO Me encuentro bien allí. Acostumbrado estoy á dormir entre los trabajadores. Cuando estaba en el campo, allá en

Cuba, descansaba con los obreros en los pajares... ¡Y era el amo!

CRISTINA Trabajarías mucho en aquellas tierras.

PABLO Mucho... Y me acordaba de los míos. Y á tu padre le mandaba dinero, pensando en que era pobre, porque él sólo me escribía contándome desgracias... ¡Nunca tuvo para mí una carta de alegría!

CRISTINA ¡Tío de mi alma, eso quiere decir que nadie se acuerda del bien que hiciste!

PABLO No es eso, chiquilla. No es eso. Si yo estoy contento. ¡Qué mas da comer en un lado que en otro! ¡Qué importa dormir abajo ó arriba! Lo que yo quiero es pesar lo menos posible en esta casa.

CRISTINA Pero á tu sobrinita Cristina no le rechazarás esto. (Mostrándole un billete del Banco).

PABLO ¿Y qué es eso?

CRISTINA Lo de siempre, lo de todos los días. Sólo que hoy, como es tu santo, he vaciado toda la hucha para que convide mi simpático tío á sus amigos, y vaya al café á distraerse.

PABLO Pero, ¿no te tengo dicho que no hagas eso?

CRISTINA ¿Me vas á hacer llorar como todos los días?

PABLO ¡Eso, nó! (Recogiendo el billete).

CRISTINA Entonces tú, á la calle, á tomar el sol, y yo á sacarle dinero á papá para la hucha, que no quiero que la fuente se seque, que no quiero que el tío viejecito lo pase mal.

PABLO ¡Un beso! (Besándola).

CRISTINA ¡Cientos de besos!

PABLO Sí; que menos me besarías si hubiese llegado rico, ¿verdad? Estos besos, Cristina, me saben á fortuna incalculable. (Se enternece).

CRISTINA (Riendo). Tonto, ¡y cómo llora!

PABLO (Con ternura y cerca del foro). Tonta, ¡y como ríe! (Váse).

ESCENA X

CRISTINA. Luego FRANCISCA.
(Por lateral izquierda),

CRISTINA Y ahora... (Sacando una carta). ¡Esta Angelita es tan buena!
FRANCISCA (Entrando súbitamente). ¿Se marchó tu tío?
CRISTINA (Sobresaltada y guardando la carta). Sí, sí...
FRANCISCA Vaya, vaya; ese viejo ya sirve para algo...
CRISTINA No, no; él no...
FRANCISCA ¿No fué él quien te trajo esa carta?
CRISTINA No.
FRANCISCA Luego hay carta.
CRISTINA No, no.
FRANCISCA ¡Si te acabas de delatar! Venga ese papel.
CRISTINA ¡Mamá!
FRANCISCA Por lo mismo que lo soy, estoy en el deber de guiarte y de darte buenos consejos.
CRISTINA Es que le quiero, y él me quiere á mí.
FRANCISCA Y yo á todos, hija mía, y como estas cosas de amores suelen terminar en una tontería...
CRISTINA ¿No ha amado usted mucho? Sí; y por eso es usted muy buena. Ha tenido usted dos maridos.
FRANCISCA ¡Miren la inocente! Más respeto, que soy tu madre.
CRISTINA La esposa de mi padre, habrá querido usted decir.
FRANCISCA Habla claro, mujer; dí que soy tu madrastra.
CRISTINA ¡No, no; perdón! ¡Mi segunda madre! Soy una chiquilla; no he querido ofenderla.
FRANCISCA Eso te lo habrá apuntado tu tío Pablo, ese desgraciado, ese...
CRISTINA ¡Pobre viejo! ¡Piedad para él!
FRANCISCA ¿Romántica? No hay salvación para tí.
CRISTINA Yo quiero que la haya para todos. Yo no conocí á mi madre; la perdí al nacer; dió su vida por mí, y un día me dijeron:

"ahí tienes á tu madre"; y yo soñaba, sueño siempre, en que usted sea, nó la madre nueva, sinó la madre verdad que ha resucitado.

FRANCISCA Y porque lo soy, te digo que esos amores no te convienen. (Levantando la voz). Venga esa carta, dásela á tu madre.

CRISTINA (También alto. Así el diálogo hasta el final). Con esa violencia no se la puedo dar á mi madre. Las madres no creo que pidan estas cosas de ese modo.

FRANCISCA Dame ese papel.

CRISTINA No; le digo á usted que no.

FRANCISCA ¿Que no? Ya verás si... (Trata de arrancársela).

CRISTINA Señora, atrás. . (Rechazándola).

FRANCISCA ¿Te rebelas?

ESCENA XI

DICHOS y RAMON (Por lateral izquierda).

RAMÓN ¿Qué gritos son esos?

FRANCISCA Es tu hija que se me ha insolentado.

CRISTINA No, papá, no, eso nunca Por tí, todo, y para tí, todo. Me pedía una carta, y te la doy á tí, que es á quien pertenece. (Entregándole la carta).

RAMÓN (Recogiéndola). ¿De quién es?

FRANCISCA De quien tu sabes. Ella ama á quien nos ofende, á quien nos insulta.

CRISTINA El me ha jurado que es ajeno á tales ofensas.

RAMÓN Sea lo que fuere, tu padre no autoriza esas relaciones. Ahora ve lo que tienes que hacer.

FRANCISCA No quiero meterme en nada. Sois padre é hija; pero si llegara el momento en que yo tuviese que intervenir, sería todo lo clara que fuese preciso. (Aparece D. Pablo por el foro, sin ser advertido).

CRISTINA Si yo supiese, señora, que esta voluntad de mi padre era libre, ahogaría mi cora-

zón; pero, mientras me quede la menor duda, no me someteré.

FRANCISCA (A Ramón) ¡Ahí la tienes! Es de vuestra altiva raza.

CRISTINA ¿Tendrá una mujer que defender á los Rubianes?

ESCENA XII

DICHOS y D. PABLO

PABLO (Avanzando desde el foro). Calla, Cristina, que un Rubianes queda para contestar.

RAMÓN Considera, Pablo, que cuando yo callo...

PABLO Cuando tú callas es que has hecho traspaso de toda tu persona á la de esa mujer.

FRANCISCA La manía de todos

PABLO La dura realidad que parece manía. He estado sufriendo en silencio por mi hermano, por Cristina, todos los vejámenes. Ya no es posible más, señora. El viejo abatido y avergonzado por sus desgracias, se torna (Irguiéndose) en el Rubianes de altiva raza, como usted dice.

RAMÓN No quiero escándalos en mi casa.

FRANCISCA Vaya usted á gritar á la suya.

CRISTINA ¡Haya respeto para sus canas y para sus dolores!

PABLO No, Cristina, no; no quiero yo ese respeto que me sabe á limosna.

FRANCISCA Ni yo compañía que turba la paz de mi hogar.

PABLO Del suyo, no; del nuestro. Del de mi hermano.

RAMÓN Pero considera, Pablo, que es mi mujer.

PABLO Eso quiere decir...

FRANCISCA Quiere decir que mientras usted aliente la rebeldía de Cristina, y otras rebeldías, resultará un peligro para esta casa, á la que debiera usted guardar un poco más de reconocimiento.

CRISTINA Eso es una crueldad que no merece.

FRANCISCA Es una verdad de la que no me desdigo.

PABLO Temía que llegase este momento. Des-

pués de luchar honradamente en América, cuando me ví en plena riqueza, de la que algo ha llegado hasta tí (A Ramón) en tus malos días, y dispensa que te recuerde ésto, pero estamos en momentos de liquidación, sobrevino mi ruina. Creí hallar aquí un generoso albergue, y me habéis recibido como á un pordiosero, al que se admite, echándole al pajar, por si trae lepra.

RAMÓN Eso no es verdad.

FRANCISCA Déjale que desahogue.

CRISTINA Calla, tío, calla.

PABLO Sí; porque me tenéis entre vuestros criados, que me guardan el respeto de vuestro ejemplo.

RAMÓN Es que la casa es pequeña.

PABLO Cuando el corazón es grande, no hay casa pequeña. Y no contentos con eso, me queréis privar del placer de defender á Cristina de cualquier injusticia.

FRANCISCA No es injusticia buscar su bien.

PABLO Usted llamará bien á la conveniencia. Yo le llamo de otro modo. Yo le llamo amor, que es el bien de los que tienen alma.

RAMÓN Eso es cosa nuestra.

FRANCISCA Y yo me pongo al lado de la autoridad del padre, y quien la menoscabe no tendrá derecho á seguir recibiendo el favor de una hospitalidad.

PABLO Eso me lo tiene que decir mi hermano.

FRANCISCA Y si él no lo dice, yo estoy de más en esta casa. Me iré yo, si usted no se va antes.

RAMÓN (A D. Pablo). Fíjate en qué situación me pones...

CRISTINA Por la memoria de mi santa madre, yo os digo que mi tío Pablo ni me aconseja, ni interviene en nada.

FRANCISCA Entonces ..

CRISTINA (En tono dulce). Aquí ha habido una excitación excesiva. (Pausa). Señora, convencida ya de que es voluntad de mi padre

que yo rompa estas relaciones, doy palabra de que ellas no serán nunca ocasión para que deje de haber en esta casa la armonía que demandan el amor filial y el amor fraternal. Tío Pablo seguirá aquí á nuestro lado; usted, señora, no se irá tampoco, y espero que esta reconciliación se selle con un abrazo de los dos hermanos, y un beso nuestro...

FRANCISCA No es que yo me envanezca con tu decisión, Cristina; pero celebro que hayas sido razonable.

RAMÓN ¡Pablo, hermano mío, obedece á Cristina!

PABLO Porque eres mi hermano, sé que eres bueno, y porque ella lo quiere, me someto. (Se abrazan).

CRISTINA (Yendo á besar á Francisca). Madre, perdón (Aparte). Mi sacrificio no ha sido el de mi amor. Ha sido el de este beso que me quema los labios.

RAMÓN Y ahora, vayamos todos juntos á gozar de este anochecer de paz.

FRANCISCA Enseguida iré yo. Tengo que hacer algunas cosas. (Vánse Ramón, Pablo y Cristina por el foro).

ESCENA XIII

FRANCISCA; luego TOMÁS

(Por el foro).

FRANCISCA ¿A qué iba á insistir? ¡Bah! Así el golpe que le preparo ahora á ese viejo será más seguro.

TOMÁS (Desde la puerta). ¿Está usted sola?

FRANCISCA Creí que ya no llegabas.

TOMÁS (Adelantándose). He estado en la imprenta.

FRANCISCA ¿Se publicará eso que te encargué?

TOMÁS Aquí le traigo el primer número que ha salido de la máquina. Hasta dentro de media hora no vocearán el periódico por las calles. (Le da un periódico).

FRANCISCA Pues corre, y dile á D. Ramón, que va

hacia la Alameda, que se acerque aquí él sólo, pues tengo que hablarle.

TOMÁS Lo haré, y usted no se olvidará de paso de recomendarle el asunto de mi empleo.

FRANCISCA Seme fiel en todo, que no ha de faltarte nuestro apoyo.

TOMÁS Adios; voy volando (Váse por el foro).

ESCENA XIV

FRANCISCA; luego MATILDE.

FRANCISCA Si de esta no se va ese viejo altanero... ¡Pagará cara su soberbia! ¡A ver! (Leyendo en silencio). Igual, igual que lo que yo mandé. (Alzando la voz). ¡Matilde!

MATILDE (Por lateral izquierda). ¿Qué quiere la señora?

FRANCISCA Después que venga el señor, te cuidarás de que nadie entre aquí.

MATILDE Será servida la señora.

FRANCISCA Oye; procurad tratar todos mejor á don Pablo. Se me ha quejado de que no le tenéis el debido respeto.

MATILDE Señora, es que los criados, como conviven con él, se permiten algunas bromas...

FRANCISCA Pues echaré de esta casa á quien se permita tales licencias. Es el hermano de mi esposo, y no toleraré ninguna falta de consideración. Puedes retirarte.

MATILDE Lo diré á todos. ¿Desea algo más la señora?

FRANCISCA Nada (Vase Matilde por lateral izquierda). Hay que ser precavida y anteponerse á la murmuración. Los criados serán testigos, cuando el viejo ese se vaya, de que yo he sido la primera en exigir respeto para él.

ESCENA XV

FRANCISCA y D. RAMÓN

RAMÓN (Entrando de prisa por el foro). Vengo alarmado por el recado secreto de Tomás. ¿Qué pasa?

FRANCISCA Que ahora me váis á conocer todos; que es necesario perseguir á los infames que han escrito esto; que quiero ser la primera en velar por el buen nombre de tu hermano, que al fin y al cabo es el nuestro.

RAMÓN Pero, ¿de qué se trata?

FRANCISCA De una calumnia. Toma. (Dándole el periódico y señalándole un sitio de él).

RAMÓN (Lee para sí). Esto ya es demasiado. Yo mismo iré á evitar...

FRANCISCA Eso no; tú no puedes rebajarte á tratar con esa gentuza. Ya te dije que ese periodicucho no repararía en nada para perdernos

RAMÓN Pero, ¡mi pobre hermano Pablo!

FRANCISCA Antes que ese insulto le coja en plena calle, llámale y entérale.

RAMÓN Será lo mejor. Yo mismo iré á buscarle. Abajo quedó.

FRANCISCA Pues yo me voy; porque cosas tan graves, y las decisiones que toméis, habrán de ser tratadas por los dos solos.

RAMÓN (Desde la puerta del foro, al irse). ¡Y él que te cree su feroz enemigo!

FRANCISCA ¡Así es la vida, Ramón! ¡Qué hemos de hacer! (Vase Ramón).

ESCENA XVI

FRANCISCA; luego MATILDE.

FRANCISCA Esperemos el resultado. (Llamando). ¡Matilde!

MATILDE (Por la lateral izquierda). Ya he visto bajar al señor.

FRANCISCA Subirá con su hermano, y es necesario que nadie les interrumpa.

MATILDE Está bien, señora.

FRANCISCA ¿Dijiste á los criados lo que te mandé?

MATILDE No han venido; pero llegarán ahora.

FRANCISCA Yo misma, entonces, iré á reprenderles.

MATILDE Lo que la señora disponga. (Vánse juntas por lateral izquierda).

ESCENA XVII

DON PABLO y DON RAMÓN

RAMÓN (Entrando con algún apresuramiento). Te he ido á buscar porque Francisca...

PABLO Te exije que me vaya.

RAMÓN Francisca no es la hiena que imaginas Ella está tan indignada como yo.

PABLO ¿De qué?

RAMÓN De una infamia.

PABLO Explícate.

RAMÓN Dentro de poco saldrá á la calle el papel inmundo.

PABLO ¿El semanario que os insulta por vuestra conducta caciquil?

RAMÓN Pero ahora la asquerosa baba se extiende á todos.

PABLO ¿A todos?

RAMÓN Sí, á todos nosotros. Ten fortaleza..

PABLO ¿Para qué?

RAMÓN Para leer lo que aquí se dice.

PABLO Pronto, dame ese periódico.

RAMÓN ¡Calma, Pablo, calma!

PABLO ¡Si estoy tranquilo!

RAMÓN Pues lee.

PABLO ¿En dónde está eso?

RAMÓN Aquí... (Señalando un sitio del periódico).

PABLO (Leyendo). "La opinión pública sabe ver claro...

RAMÓN Un poco más arriba.

PABLO (Leyendo). "En aquella casa...

RAMÓN Ahí, ahí.

PABLO "En aquella casa se aloja desde hace poco quien vino de Cuba arruinado, pre-

textando que un socio suyo cometió estafas. Acaso esté oculto por cómplice, temiendo llegue el día en que la verdad se descubra y la justicia tenga que cumplir su misión.

RAMÓN ¡Esos miserables!

PABLO No, Ramón; yo veo muy claro. Dices que Francisca te dió este papel... (pausa) antes de salir á la calle el periódico...

RAMÓN Al parecer. Ella tiene medios para...

PABLO Necesito de la mayor fortaleza para no volverme loco. Nadie, entiéndelo bien, nadie más que vosotros sabíais las causas de mi bancarrota.

RAMÓN ¿Qué quieres decir?

PABLO Que de esta casa salió esa imputación, que me obliga á cumplir con mi deber.

RAMÓN ¡Pero si se trata de un periódico que es nuestro más encarnizado enemigo!

PABLO ¿No ves en eso, precisamente, la infame maniobra?

RAMÓN Supones que nosotros...

PABLO Tú, no...

RAMÓN ¿Mi mujer?

PABLO No hablemos más de eso. Y ahora el último favor.

RAMÓN No, no; quiero que me expliques... Francisca, hace un momento, demostraba haber cambiado respecto de tí. ¿Quiéres escuchar de sus labios...?

PABLO No quiero escuchar nada. Ya he tomado mi resolución. Muy pronto, entre la oscuridad de la carretera, sin que nadie, ¿lo oyes?, sin que nadie se entere, saldré á la estación inmediata á buscar el tren que á las once pasa por allí. Hace días, un amigo me indicaba en carta que fuese á su lado para orientarme y protegerme en los asuntos que en Cuba tuve. Espero reivindicarme. Mientras tanto, ni tú, ni nadie, sabrá de mi.

RAMÓN (Sumiso). ¡Pablo, Pablo!

PABLO Nadie deberá saber nada. Dirás que un

aviso urgentísimo, recibido antes que ese papel saliera á la calle, me obligó á marchar precipitadamente, que mi regreso será pronto, y que por eso no me he despedido de nadie. ¿Lo harás así?

RAMÓN ¡Pero hermano mío!

PABLO Júralo por la memoria de nuestros padres. Es preciso. Júralo... (Enérgicamente).

RAMÓN Lo juro.

PABLO Nada más. ¡Adios!

RAMÓN Pero, ¿no necesitas nada?

PABLO Nada. Cristina, sin saberlo, me da la satisfacción de pronunciar esta palabra: nada.

RAMÓN ¿Y ni siquiera de ella te despides. .?

PABLO Temo verla... Ella sería la única persona que me hiciera ser cobarde en esta hora... ¡Adios hermano! (Desde la puerta). No me compadezcas, que en mi alma llevo la dolorosa creencia de que tú eres más digno de compasión. (Sale por lateral izquierda).

ESCENA XVIII

RAMÓN; luego MATILDE

RAMÓN (Meditando). Así como así, bien pensado, ha hecho bien en tomar esa resolucion. Quizá resuelva sus asuntos. Por lo pronto, me libra á mí de las pesadeces de Francisca... Tarde ó temprano tenían que romper.. Pero no es posible que ella... Manías de Pablo...

MATILDE (Entrando). Este telegrama que acaban de traer. (Lo entrega, esperando la firma del recibo, y se va).

RAMÓN (Lo lee para sí, retratándose en su rostro la alegría). ¡Dios que todo lo compensa! ¡Para uno que se va, otro que vuelve! ¡Francisca, Francisca! (Váse por lateral izquierda).

ESCENA XIX

CRISTINA, DON RICARDO, ANGELITA y LUISITA.
(Entran todos por el foro como rodeando á Cristina, que llora).

CRISTINA Sí; D. Ricardo, yo comprendo todas estas pequeñas luchas de pueblo, y hasta justifico ciertos ataques; pero ese pobre anciano, ¡qué les había hecho! ¡Como si él no fuera otra víctima! ¡Es horrible, horrible!

ANGELITA ¡Ten calma, Cristina!

LUISITA Yo creo que han dicho tantos disparates, que uno más...

ESCENA XX

DICHOS y PRÓSPERO

PRÓSPERO (Que entra violentamente). Vengo ébrio...

RICARDO ¿De Valdepeñas?

PRÓSPERO De indignación.

RICARDO ¡Siempre cambiando de bebida!

PRÓSPERO Eso que le dicen á D Pablo no tiene nombre ¿Para cuándo la aplicación rigurosa de las leyes? ¿Qué hace el Gobierno? ¿Dónde está el Parlamento?

LUISITA ¿El Parlamento? Abajo, con mamá.

RICARDO (Conteniendo la risa). Próspero, ¿has visto qué niña?

PRÓSPERO De encargo, para un pésame. (A Cristina). ¡Valor, Cristina!

ESCENA XXI

DICHOS, DOÑA ESPERANZA y JUANITA

ESPERANZA (Entrando como sofocada). Lo que dice don Sabas está muy en su punto.

RICARDO ¿Y qué dijo esa catedral?

ESPERANZA Pues sacó los lentes de oro, se los caló, echó una ojeada al periódico, lo apartó con desprecio, y dijo así: "¡Esto es la refinería de la sinvergonzonería!"

PRÓSPERO ¿Es poeta D. Sabas?

JUANITA Es un hombre de corazón. (Se va al grupo de las mujeres).

ESCENA XXII

DICHOS, RAMÓN y FRANCISCA

(Por lateral izquierda).

CRISTINA (Levantándose). Papá, ¿dónde está tío Pablo?

ESPERANZA (A Ramón). Todos condenamos como se merece acción tan repugnante.

RICARDO (A Francisca). Que sólo envilece á quien la comete.

RAMÓN Por fortuna, Pablo ha tenido que salir de viaje, llamado con urgencia, y no sabe nada... Nos ha encargado les digamos á todos que como ha de volver dentro de pocos días, por eso no se despidió de nadie.

CRISTINA (Arrojándose en brazos de Angelita). ¡Pobre tío Pablo! ¿Por qué se ha ido?

FRANCISCA Pero no hay dolor que no se compense. Ramón acaba de recibir un telegrama de Cádiz que contiene una gran noticia. Manuel Rubianes, el menor de los Rubianes, acaba de desembarcar, procedente de Nueva York, y aquí llegará muy pronto. El logrará, con su espléndido proceder, levantar puro é inmaculado el nombre de todos los de esta casa.

PRÓSPERO ¿Manolo aquí? ¡Si fuimos juntos á la escuela! ¡Las veces que hicimos novillos! Nada, nada... Del recibimiento me encargo yo. Tendremos varios días de festejos. Y el alcalde está obligado á publicar un bando.

RAMON Que tendrás tú que redactárselo.

PRÓSPERO (Yendo á la mesa). Ahora mismo, y enseguida. (Se formarán en escena dos grupos: uno á la izquierda, y á la derecha Cristina desconsolada en compañía de Angelita).

FRANCISCA (Aparte á D. Ricardo). Dé usted por hecho lo de la quinta del Robledal. Hay que alojar dignamente al viajero.

RICARDO El sobreprecio no llega á la mitad del préstamo.

RAMÓN Pues mañana haremos la escritura.

FRANCISCA ¡Todo sea por el querido hermano que vuelve!

RICARDO (Separándose). Sí; que vuelve... rico.

PRÓSPERO (Gritando). Ya está. Todos aquí. (Sólo quedarán sin moverse en su grupo Cristina y Angelita).

JUANITA ¡A ver, á ver!

LUISITA ¡Que se lea, que se lea! (Todos se ponen alrededor de la mesa, y Próspero, de pié sobre la silla).

PRÓSPERO (Imitará primero la llamada con corneta y tambor, al estilo de los pregones de pueblo y dirá lo que sigue con el tono especial de pregonero). D. Bernardo... etc... Alcalde constitucional, etc., etc... Hago saber... (Risas y alborozo) Si no callan, no sigo.

RICARDO ¡Silencio! (Todos se callan).

PRÓSPERO "Hago saber: Que estando próximo á llegar á este pueblo el más ilustre de los Rubianes..."

RICARDO Querrás decir el más rico.

PRÓSPERO Por eso es el más ilustre. (Leyendo). "Que estando para llegar el más ilustre de los Rubianes, cumple al vecindario recibirle con los honores que merece quien viene dispuesto á hacer entrar á este pueblo por la florida senda del progreso... (Todos aplauden con gran alborozo). ¿Os callais? (Silencio).

(Telón lento).

CRISTINA ¡Todos están muy contentos! ¡Y ya nadie se acuerda del pobre viejo que se fué! (Cae llorando en brazos de Angelita).

PRÓSPERO ¿Por dónde íbamos?

RICARDO Por la florida senda...

PRÓSPERO (Leyendo). Del progreso. A este fin se engalanarán las casas, y por la noche se iluminarán los balcones...

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Jardines frondosos de la quinta del Robledal. Tres mesas con sillas de mimbre, y otra mesa aparte. En el fondo, arboleda, lo mismo que en los laterales.

ESCENA PRIMERA

MATILDE y TOMÁS

(Subido éste á una escalera, quitando la última hilera de farolillos, que irá de árbol á árbol. Otras hileras se verán por el suelo, como recogidas recientemente).

MATILDE Ahora, ¡quéjese usted de que la señora no le ha dado el buen empleo que usted esperaba! (Riendo). ¡No le ha podido colocar á usted más alto!

TOMÁS Búrlate, búrlate lo que quieras; pero sujeta la escalera, no sea que me vaya á caer.

MATILDE (Sujetando la escalera). ¡Buen tono se daba usted ayer como señor mayordomo, echando la gente que aún quería estar de verbena hasta la madrugada!

TOMÁS Y todavía estarían bailando, si los hubiese dejado. (Dándole el extremo de la cuerda de la hilera de farolillos). Toma, y ten cuidado no arrastrar los faroles, que han de servir para nuevos festejos.

MATILDE Pero, ¿no se han acabado ya?

TOMÁS ¡Sabe Dios cuánto durará este entusiasmo!

MATILDE D. Próspero ha hecho un programa de fiestas inacabable.

TOMAS ¡Claro, mientras hay juerga, hay vino,

y ¡ay! ¡ay! ¡ay! Te digo que sujetes la escalera.

MATILDE Vaya un miedo el que tiene el señor administrador.

TOMÁS (Bajando y cogiendo la escalera). Ahora á desprender el otro extremo, y se acabó la faena por hoy.

MATILDE Ya puede estar el viajero satisfecho. Se le agasaja como á un príncipe.

TOMÁS Pues mira, yo le noto un poco triste.

MATILDE Es más joven de lo que yo creía, y tiene, es verdad, un aire taciturno que le va muy bien.

TOMÁS (Yendo á subirse á la escalera). No se te vaya el santo al cielo, que aquí se tambalea más la escalera.

MATILDE ¡Valor, hombre, valor!

TOMÁS Y el alambre está más alto.

MATILDE ¡Vamos; un poquito más arriba!

TOMÁS (Desprendiendo el alambre). Ya está:

MATILDE ¡Ahora, calma, y abajo!

TOMÁS (Descendiendo). Recojamos los farolillos con cuidado, que si estropeamos alguno tendrá que oir doña Francisca.

MATILDE ¡Si la señora está muy cambiada! Este cuñado de ahora la ha vuelto del revés.

TOMÁS No murmures.

MATILDE ¡Dios me libre!

ESCENA II

DICHOS, CRISTINA y ANGELITA

CRISTINA (A Matilde). ¿No habeis acabado de recoger eso?

MATILDE Ahora mismo.

CRISTINA Pues vete trayendo el servicio de café; pero antes, recoje las flores que corté esta mañana.

MATILDE Enseguida. (Vánse Matilde y Tomás).

ANGELITA ¡Qué hermosos jardines, estos del Robledal! Yo no saldría de aquí en toda la vida.

CRISTINA ¿Verdad que se respira un aire perfumado?

MATILDE Aquí están las flores. (Se va).

CRISTINA Mi señor tío es un espíritu delicadísimo. Cuando le ofrezco rosas se enternece.

ANGELITA ¡Y él bien te regala! Esos pendientes y esa crucecita que llevas al pecho son una preciosidad.

CRISTINA Los besos de mi tío Pablo me adornaban más. ¡Qué será de mi pobre viejecito! ¡Y no sabe que llegó su hermano, y que su hermano no cesa de preguntar por él!

ANGELITA Haremos un ramo muy bonito.

CRISTINA Y se lo entregarás tú.

ANGELITA Yo nó, tú. No quiero que D.ª Esperanza me eche aquellos ojazos que me echó cuando le dí al viajero la bienvenida en aquellos versos que hizo papá. ¡El empeño que tenía en que dijese los versos Luisita!

CRISTINA Pero Luisita no es como Juanita. Basta que su madre tenga un proyecto casamentero, para que ella se oponga.

ANGELITA (Mostrando el ramo). ¡Mira qué bonito!

MATILDE (Entrando con parte del servicio). ¿Dónde pongo la botella de D. Próspero? (Cogiéndola de la bandeja).

CRISTINA (Señalando la mesa central). Aquí. (A Angelita). D. Próspero se ha enamorado de este rom. (Váse Matilde).

ANGELITA (Cogiendo la botella). ¿A ver? "La Corona". D. Próspero ha cambiado de ideales. Como bebedor, ya es monárquico. (Coloca la botella en la mesa central).

CRISTINA (A Matilde). Trae un jarrón de la sala para colocar estas flores. (Se va Matilde).

ANGELITA Las pondremos en esta mesa, donde tomarán el café tu tío, nuestros padres y el señor secretario particular, que no se separa de D. Manuel jamás. Lo que él dice: Si ahora no me siento próspero, ¿para cuándo?

CRISTINA Pues á mí me cae muy simpático, don Próspero. Bajo la capa de su cínico hu-

morismo, hay un hombre bueno y desinteresado. Por eso no puedo ver á doña Esperanza, que por cierto se ha dado buena maña para meter á D. Sabas en esta casa.

ANGELITA Como que ella fué la que le invitó á almorzar hoy. Había que oirla. (Imitándola). "En esta comida, broche de oro que cerrará el brillante recibimiento dispensado al ilustre viajero, no debe faltar la más genuina representación de los que de la nada se labraron una fortuna con el trabajo".

CRISTINA D. Sabas es un tipo delicioso.

MATILDE (Entrando). El jarrón.

ANGELITA (Colocando las flores). ¡Qué bien hacen!

MATILDE Todos se disponían á bajar á tomar el café.

CRISTINA Pues date prisa. (Váse Matilde).

ANGELITA Formaremos tres grupos. En el centro, los señores formales, y que dispense don Próspero si le llamo formal. Aquí, á la derecha, D.ª Esperanza y el Parlamento. Y á la izquierda, nosotras y Luisita. ¿Te parece?

CRISTINA Muy bien... Ya llegan.

ESCENA III

DICHOS, MANUEL, RICARDO, PRÓSPERO, DOÑA FRANCISCA, RAMÓN, DOÑA ESPERANZA, DON SABAS, LUISITA, JUANITA y MATILDE

(Entrará primero Matilde con el resto del servicio del café, que irá poniendo como el anterior en una mesa independiente, al foro).

CRISTINA Déjalo todo ahí. Ya iré sirviendo yo. (Matilde se va).

(Entrarán, primero, Manuel, Ricardo y D. Próspero. Luego, hablando sigilosamente, Ramón, Francisca, y por último, los restantes).

PRÓSPERO ¿A ver? (Mirando á la botella). ¿Ya estás

ahí, causante de mi cambio político? Porque, cónstete, Manolo, que tú, trayendo esa celestial bebida de Nueva York, me has hecho partidario de las testas coronadas.

MANUEL Pues ahora se lleva la moda contraria.

RICARDO (A Manuel). Pero usted habrá notado que Próspero nunca anda á la moda.

CRISTINA (A Ricardo, Manuel y Próspero). Ustedes, aquí (Señalando la mesa del centro).

FRANCISCA ¿Y nosotros?

ANGELITA Con ellos.

SABAS (Entrando, dando resoplidos). ¡Me entusiasma esta arbolancia! ¡Aquí se nitrogena uno!

JUANITA ¿Dónde nos ponemos, Cristina?

CRISTINA Vosotros tres, á este lado.

ESPERANZA ¿Y Luisita? ¿Dónde ha quedado esa locuela?

LUISITA (Entra saltando á la cuerda). Estoy aquí, mamá.

ESPERANZA ¡Cuándo tendrás juicio!

LUISITA ¿Quiere usted saltar á la cuerda, D. Sabas? (Aparte á los demás). ¡A ver si se le cae el bisoñé!

SABAS ¡Esta Luisita!

JUANITA (A Luisita). Más formalidad, Luisita. (A D.ª Esperanza). Ríñela, mamá.

MANUEL Déjenla. En los jardines no estorban los pájaros.

LUISITA Y menos los gorriones. ¡Anímese, don Sabas!

ESPERANZA Aquí, niña. (Se acerca Luisita. Por lo bajo á ésta). Más te valiera preocuparte de que nadie se te adelante. Sírvele el café á D. Manuel.

SABAS ¡No la reconvenga!

LUISITA (Aparte á D.ª Esperanza). ¡Pero, mamá!

ESPERANZA (Aparte á Luisita). ¡Te lo mando!

LUISITA (A todos). Pues ya que no me dejan saltar, quiero servir el café al ilustre viajero. ¿Sólo, D. Manuel?

MANUEL Sí; sólo.

FRANCISCA Cristina, ¡nos tienes olvidados! Pronto, el café.

CRISTINA Ahora voy.

ESPERANZA Date prisa, Luisita. (Aparte). ¡Que rabie esa egoistona! ¡Todo lo quiere para ella!

ANGELITA Nosotras iremos sirviendo á los demás. Los caballeros, sólo, y las señoras...

PRÓSPERO Con rom. Unas gotas de este precioso elixir en el café con leche, es la última palabra de la sabrosura, como diría don Sabas.

SABAS Así es.

LUISITA (A Manuel). Le he echado tres terrones.

MANUEL Con sólo estar servido por usted, sobraba el azúcar.

ESPERANZA Da las gracias por la galantería, niña. No es porque sea mi hija; pero apañada para estas cosas, habrá pocas. ¡Si viera usted qué platos de dulce hace! En natillas no hay quien la aventaje.

LUISITA (A Manuel). ¡No haga usted caso!

ESPERANZA Tiene usted que venir un día á almorzar á casa, para que vea...

(Angelita y Cristina irán entregando las tazas á todos).

FRANCISCA (A Ramón). ¿Has oido?

RAMÓN Déjala, mujer.

ESPERANZA Sí, sí, déjala, déjala, y luego...

SABAS Propongo que este café sea, á la par que de honorificación para D. Manuel, de pleitosía á D. Próspero por el ésito de su organizante espíritu festival.

ANGELITA (A Juanita). ¡Hay que ver lo bien que habla ese hombre!

LUISITA (A Angelita). ¡Eso no es un futuro cuñado! ¡Eso es un futuro dolor de cabeza!

ESPERANZA Sí, sí, todo ha estado muy bien, D. Sabas; pero esos bailes hasta la madrugada en estos jardines... ¡Si viera usted cómo pusieron el bosque junto al lago!

PRÓSPERO ¡Expansión de la juventud! La vida, sin baile, sería un desastre. Hasta un trono

estuvo para caer; se dió un baile al pueblo, y abortó la revolución.

RICARDO Y ¿dónde ocurrió ese episodio?

PRÓSPERO (A Ricardo aparte). En ninguna parte; pero quiero que me entienda.

FRANCISCA Aquí no hacen falta esos ardides; porque no hay peligro de revolución.

PRÓSPERO No ahondemos, D.ª Francisca, no ahondemos, y vamos á otra cosa. Vengo notando que con esas censuras á mi gestión, se quiere provocar una crisis.

RICARDO ¡Hombre, no te pongas grave!

PRÓSPERO Sí, señor, una crisis. Se quiere que yo dimita esta secretaría particular con que Manolo se ha honrado, y yo no dimito (disponiéndose á beber) mientras me quede una gota...

RICARDO De rom.

PRÓSPERO Una gota de sangre en mis venas, para defenderme heroicamente.

SABAS Y hará usted muy bien.

JUANITA ¡Como que ha hecho un programa de fiestas soberbio!

PRÓSPERO Y aquí me quedo, y aquí me quedaré, y no habrá crisis mientras me asista, como me asiste, la confianza (señalando á la botella) de la Corona... (Vuelve á beber). (Risas).

RICARDO Hombre, eso es poco democrático. ¿Te basta nada más la confianza de la Corona?

PRÓSPERO No había concluido. Mientras me asista la confianza de la Corona y (señalando á don Sabas y á Juanita) del Parlamento. (Gran algazara).

SABAS ¡Este D. Próspero!

ESPERANZA Es un insolente.

CRISTINA Nosotras nos vamos á los columpios.

MANUEL ¿Tan pronto, Cristina?

CRISTINA Volveré enseguida.

LUISITA Sí, sí, vamos. ¡Qué gusto!

ANGELITA (A Juanita). Bueno; pero no des tan fuerte como ayer. Ya sabes que me mareo

ESPERANZA (A Luisita). A ver si te caes como el otro día.

LUISITA Descuida, mamá.

FRANCISCA Esperad, que vamos con vosotras. (A Ramón). Anda, que quiero saber si en el Ayuntamiento han hecho lo que mandé. (Se van Cristina, Juanita y Angelita por la derecha).

RAMÓN Lo que quieras, mujer.

FRANCISCA Hasta luego todos.

PRÓSPERO (Con retintín). D.ª Francisca... ¿qué tal estaría hoy otra verbenita?

FRANCISCA (Con intención). Por alumbrado no quedaría... (Márchándose con Ramón por la derecha).

RICARDO Me parece que eso del alumbrado... lo ha dicho por tí.

MANUEL ¿Y te quedas así?

PRÓSPERO Así, no. Nunca me falta el desquite. (Bebe otra copa).

ESCENA IV

DICHOS, luego TOMÁS por la izquierda.

SABAS D. Próspero y D.ª Francisca siempre están como el can y el felino.

RICARDO No lo crea usted. Se entienden á su manera. Además se temen.

PRÓSPERO Nada de eso. Lo que pasa es que doña Francisca no gusta de mi íntimo trato con Manuel, y como soy su secretario, teme que como secretario descubra todos los secretos.

MANUEL Para mi ya no hay secretos.

RICARDO ¡Pero no nos pongamos serios, por Dios!

MANUEL Es verdad. (Pausa). Me han dicho D. Sabas, que usted no ha emigrado á América.

SABAS No; yo emigré á Madrid. La América está en toda la faz de la tierra, y en habiendo suerte...

PRÓSPERO Y buena disposición para todo... y corazón.

SABAS Eso, sí; que nunca fuí sordo á las quejadumbres del prójimo.

PRÓSPERO Se sabe todo, D. Sabas. Y tiene usted fama de haber tomado *mucho interés* en las desgracias ajenas.

RICARDO (A Manuel). El veinte por ciento mensual. Tuvo varias casas de préstamos.

SABAS Yo no he pasado el charco; pero he pasado lo mío, y he doblado mucho la columna universal. Llegué á Madrid como quien dice albintestate, y á los diez años ya tenía yo mi camino abierto. ¡Dios apreta, pero no sumerge en el agua! Un poco más tarde, gracias á mi metimiento en los negocios, puede decirse que tenía yo en mis manos las llaves de muchos comercios de Madrid.

PRÓSPERO (A Manuel). Este hombre fué sereno.

SABAS Y más hubiera hecho, si no me hubiese entretenido esta mi pícara afición á las letras.

PRÓSPERO ¿A qué letras?

SABAS A las literarias, á las novelas, al teatro, y sobre todo á la versicultura. ¡La versicultura es mi delirio!

RICARDO A ver, á ver, ¿sabe usted algunos versos de memoria?

SABAS Algunos deprendí.

ESPERANZA Diga aquellos tan bonitos.

SABAS No sé si ustedes los conocen. ¡Tienen un fuego y un ardoror!

PRÓSPERO Venga de ahí.

SABAS Haré memorandum. (Pausa). No crean ustedes que cualisquiera los sabe. (Pausa). Son muy largos. .

RICARDO Un poema, acaso...

MANUEL Una oda.

SABAS Nada de eso. Son decimales.

RICARDO ¿Decimales? Décimas querrá usted decir.

SABAS Eso. Es igual. Verán ustedes. Sí; ya dí con el principio... Yo si no me encarrilo... Empiezan de este modo... "Oigo,

patria, tu aflición, y escucho el triste concierto..." (Todos contienen la risa).

PRÓSPERO ¡Hombre, eso del concierto me suena!

RICARDO Serías el primero á quien no le sonara un concierto.

ESPERANZA A mí lo que más me gusta es aquello de ¡"guerra, gritó ante el altar el sacerdote con ira!.. ¡guerra!.."

PRÓSPERO Cálmese, D.ª Esperanza, cálmese, que ya se firmó el armisticio.

TOMÁS (Entrando). El señor Alcalde está en la casa, y pide á D. Manuel que le reciba.

PRÓSPERO Dile que venga aquí. (Váse Tomás).

MANUEL ¿Qué será ello?

ESPERANZA Algún nuevo honor.

MANUEL ¡Me abruman tantos honores! ¡Esta cuñada mía maneja este tinglado de un modo...!

SABAS Todo lo que ustez se merece, y todo es poco.

ESCENA V

DICHOS y el ALCALDE

ALCALDE (Sin pasar y con el sombrero en la mano). ¿Dan su venia los señores?

PRÓSPERO Pasa, Bernardo, y toma una copa.

ALCALDE Me dispensará, D. Próspero, que rehuse. Traigo una misión muy seria y...

MANUEL ¡Acérquese usted, hombre!

PRÓSPERO Asiento sí que podrás tomar, ¿eh?

RICARDO Esto se pone grave.

ALCALDE (Sentándose). Con la venia de usía.

MANUEL ¿Qué es eso de usía?

ALCALDE Señor, los deberes de mi cargo me imponen en este momento solemne, rodearme de toda la seriedad necesaria.

PRÓSPERO Vamos, acaba pronto.

ALCALDE (Dirigiéndose á Manuel, y levantándose). Señor: la Corporación que tengo el honor de presidir, acaba de comisionarme para que le haga presente el acuerdo que tomó, más en honor nuestro que de usía,

como muestra de aquellos, de aquellos... (Muy turbado).

PRÓSPERO ¡Serénate, Bernardo!

ALCALDE (Sacando un papel del bolsillo, y leyendo de reojo). De aquellos... de aquellos puros sentimientos de gratitud que emanan de nuestros pechos reconocidos. Y ese acuerdo, señor, ha sido el de nombrarle á usía hijo predilecto de este pueblo, porque usía... porque usía .. (Vuelve á mirar el papel).

RICARDO Mejor saca usted el papel de una vez y lo lee.

ALCALDE Con permiso. (Leyendo). Porque usía, porque usía, al venir á este pueblo, lo encontró muerto, y se acercó á él, y como nuevo Jesús á Lázaro, le dijo: "Levántate y anda". (Se sienta rápidamente).

PRÓSPERO Mira, Bernardo, (cogiéndole de un brazo) levántate, y anda para el Ayuntamiento, y díles á los concejales que muchas gracias, y que se contestará por oficio.

ALCALDE (A Manuel). Con la venia de usía.

PRÓSPERO ¡Adios, hombre!

ALCALDE Buenas tardes. (Muy ceremonioso). (Váse por la izquierda).

PRÓSPERO ¡Divertidísimo!

MANUEL (Con indignación). Esto ya es demasiado...

SABAS ¡Siempre tan modesto!

MANUEL (A Próspero). Llama á mi hermano y á su mujer.

PRÓSPERO ¡Caramba, no es para ponerse así! Allá voy, y (aparte) yo me quedo por allá. (Váse por la derecha, llevando la botella).

MANUEL (Paseándose). Estas farsas no son para mi temperamento. ¡Ya aguanté bastante!

SABAS (A D.ª Esperanza). Esto toma mal aspeto. ¿Ahuecamos?

ESPERANZA (A Manuel). Pues quiera que no quiera, usted tiene que aguantarse. Se merece usted eso, y mucho más.

JUANITA ¡Qué hombre más raro!

RICARDO ¡Qué hombre más discreto!

ESPERANZA Nos vamos con las niñas. Hasta ahora.

SABAS Adios, señores, y hasta el retorno.

MANUEL Ustedes me dispensarán. . Buenas tardes... (Vánse D.ª Esperanza, Juanita y don Sabas, por la derecha).

ESCENA VI

MANUEL y RICARDO

MANUEL (Levantándose). (Deteniéndose en su paseo, y dirigiéndose á Ricardo). Pero, ¿le parece á usted bien esta ridícula pantomima? No he hecho nada por este pueblo; sólo en mis cartas abrigué los buenos deseos de un simple emigrante, y todo ya se da por realizado. Usted D. Ricardo, me va á decir con entera verdad lo que ha llegado hasta mis oídos.

RICARDO Yo...

MANUEL Dejemos á un lado lo de mi hermano Pablo... ¿Es cierto que Ramón, mejor dicho, que Francisca, arruinó al pueblo con obras de las que ocultamente eran contratistas, y que esas obras se vinieron abajo á los pocos meses, y que...

RICARDO Yo no sé si debo...

MANUEL Sí; usted debe asociarse conmigo á una gran obra que hay aquí que realizar; pero una obra sin trampa ni cartón. Aires traigo de fuera que me empujan á ello.

RICARDO ¿De qué se trata?

MANUEL De restituir.

RICARDO ¿Cómo?

MANUEL Volviendo á levantar lo caído; pero con materiales nuevos, sólidos, duraderos..

RICARDO Pero, ¿quiénes van á hacer eso?

MANUEL Los mismos que se lucraron. ¡Ahora sí, ahora sí que voy á merecer que me llamen hijo predilecto!

RICARDO Venga usted á mis brazos, que en usted veo resurgir la raza limpia de los Rubianes.

MANUEL ¡Nuestra raza! Otra cosa caída que hay que levantar. . Ahí vienen mi hermano y su mujer.

RICARDO Le dejo con ellos.

MANUEL ¿Tengo razón para lo que voy á hacer?

RICARDO Mucho esperaba de usted este pueblo...

MANUEL Ellos hicieron creer á las gentes en mi generosidad.

RICARDO Y la generosidad es hacer justicia.

MANUEL La haré, aunque cueste la ruina. (Váse D. Ricardo)

ESCENA VII

MANUEL, RAMÓN y FRANCISCA

RAMÓN Próspero nos acaba de decir...

FRANCISCA ¿Qué desea nuestro querido hermano?

MANUEL Que me oigáis.

FRANCISCA Que será nuestro mayor gusto. Con el barullo de estos días, aún no hemos tenido tiempo para una reunión de familia.

MANUEL Sentaos.

RAMÓN Lo que mandes. (Se sientan los tres).

MANUEL Lo primero, os ruego que se suspenda en absoluto todo jolgorio, para el que no hay ningún motivo.

FRANCISCA No digas eso. El pueblo espera mucho de tí.

RAMÓN Tu siempre has mostrado deseos...

MANUEL Pero todo agasajo excesivo más parece afán de exigir una promesa, que de mostrar gratitud.

FRANCISCA Todos tienen en tí confianza, y no dudan de los beneficios que el pueblo recibirá.

RAMÓN Esa alegría del pueblo es esperanza fundada.

MANUEL El pueblo no puede tener confianza en nosotros. Toda la alegría de estos días es falsa.

FRANCISCA ¿Ya te han calentado la cabeza?

RAMÓN Nuestros enemigos que son implacables.

MANUEL Luego... tenéis enemigos. Luego... la familia venerable de los Rubianes, para la cual había siempre el mayor respeto, se encuentra sin ascendiente, sin el cariño del pueblo...

FRANCISCA Nunca faltan envidiosos.

MANUEL A nuestros padres, señora, nunca les rodeó la envidia. Eran sencillos, y la rancia hospitalidad de su casa, se mantuvo en comunicación noble con todos los vecinos. ¿Qué ha pasado aquí?

RAMÓN Es que el diputado ha puesto su confianza en nosotros, y...

MANUEL ¿Qué necesidad tenía nuestra casa de mezclarse en caciquerías? Yo he vuelto á mi pueblo, y este pueblo ya no es el que yo dejé.

RAMÓN Ha festejado tu llegada.

MANUEL Te vuelvo á decir que toda esa algazara me ha parecido comedia. Un tinglado en que los muñecos son movidos por vosotros. El Ayuntamiento, hechura vuestra, me otorga una distinción extemporánea, y esto ha acabado de colmar la medida...

FRANCISCA Tu modestia es exagerada.

MANUEL A mi lo que me interesa es la reconstitución de nuestro nombre en entredicho; que vuelva el respeto para la casa de los Rubianes. Todos los sacrificios me parecerán pocos hasta que logre eso, y si no lo logro, me volveré á América.

RAMÓN Aunque se está cometiendo con nosotros una injusticia, nosotros demostraremos que nuestra causa no merece ese rencor.

FRANCISCA Ramón dice bien. Estamos dispuestos á todo.

MANUEL Me alegra mucho que me ayudéis en mi plan.

RAMÓN Tú dirás.

MANUEL En las muchas entrevistas que he celebrado, y que me han destrozado el alma, pude saber tres cosas.

FRANCISCA Esas entrevistas...

MANUEL Se han celebrado sin saberlo vosotros. Todos los visitantes tuvieron especial empeño en reclamar que tú (señalando á Francisca) sobre todo, no supieres que habían estado aquí.

FRANCISCA No me explico cómo...

MANUEL Esas tres cosas son: que los fieles acuden á la iglesia con temor de que un día haya una catástrofe. Las obras recién hechas, amenazan ruina.

RAMÓN Pero nosotros...

MANUEL Ya hablareis. Escuchad. Los niños hace seis meses que no van á las Escuelas Públicas, porque el edificio que hace un año se inauguró se agrieta por todas partes.

FRANCISCA Ese miserable contratista...

MANUEL Calma. Me dicen, además, que el puente lo llevará la primera riada.

FRANCISCA ¿Has acabado?

MANUEL Sí.

FRANCISCA Bueno; pues que se persiga á los culpables.

RAMÓN Es verdad, que se les persiga.

MANUEL Yo no quiero castigo, quiero restitución. En este pais es muy frecuente enjuiciar mucho para distraer á las gentes del verdadero fin, que es la reposición de los daños hechos. Nada de castigos. Lo práctico es lo otro.

RAMÓN Los contratistas que se han lucrado que...

MANUEL Eso; que vuelvan á hacer las obras. Tal quiero yo. Pero dicen los contratistas...

FRANCISCA, RAMÓN (A la vez). ¡Calumnias!

MANUEL ¿Cómo sabéis que son calumnias si aún no he dicho nada?

FRANCISCA Nos lo suponemos.

MANUEL Pues verdaderas ó falsas esas imputaciones, ellas fueron las que han enlodado nuestro nombre.

FRANCISCA Lamento que tú te unas á los maldicientes.

MANUEL No me uno, que á formar con ellos en su escondida protesta, que un día puede estallar, tendría que ir contra vosotros; pero yo tengo el deber de levantar el crédito moral de los míos, y os ruego que todos me ayudéis á ello. Pensad que tenéis una hija, que lo de menos será que herede riquezas, como no lleve limpio á su generación el nombre de nuestra estirpe.

RAMÓN Pero los contratistas no eran de aquí... se han ido...

MANUEL Quedáis vosotros.

FRANCISCA No comprendo...

MANUEL Os digo que sigáis mi consejo. No os pesará. Ganaréis en el concepto de todos, y en el mío, si algo os importa.

FRANCISCA El tuyo más que el de nadie. Somos inocentes; pero si tienes la menor duda, estamos á tu disposición.

RAMÓN Por entero.

MANUEL ¿Me dáis entonces permiso para decir al pueblo que vosotros reharéis sólidamente esas obras?

FRANCISCA Porque tú lo quieres.

RAMÓN Porque tú lo mandas.

MANUEL Eso nadie debe saberlo. Más quiero yo pagaros con mi gratitud, que no que el pueblo crea que se debe á mí toda esa restitución. ¡Me dáis una gran alegría! Ya no me iré de este rincón donde nací. ¡Corro volando á decírselo á Cristina, que ella heredará el buen nombre, también restituído! ¡Oh, gracias, gracias! (Váse presuroso por la derecha).

ESCENA VIII

FRANCISCA y RAMÓN

FRANCISCA Has hecho bien en apresurarte á apoyar mi decisión. ¿No te fijaste? Aquellas pa-

labras fueron dichas con muy discreta claridad.

RAMÓN ¿Qué palabras?

FRANCISCA ¡Cuándo dejarás de estar en el Limbo! ¿No recuerdas cuando él, recalcando mucho, dijo: "No os pesará?

RAMÓN Ahora caigo.

FRANCISCA Hay que fingirse arrepentidos.

RAMÓN Pero esas reconstrucciones van á ser muy costosas.

FRANCISCA Pero... no nos pesará.

RAMÓN Si no hubiésemos comprado esta finca...

FRANCISCA Sobre esta finca no faltará un buen préstamo.

RAMÓN ¿De quién?

FRANCISCA De D. Sabas.

RAMÓN Yo le hablaré.

FRANCISCA Tú, no. Es un pájaro de Cuenca, como él mismo dice. Déjamelo á mi.

ESCENA IX

DICHOS, DON SABAS, DOÑA ESPERANZA, JUANITA y LUISITA

(Por la derecha).

ESPERANZA Nos vamos. Se nos hace tarde, y venimos á decirles adiós. De los demás ya nos hemos despedido. (Con intención). Cristina y su señor tío se están paseando bajo los tilos... Hacen una gran pareja. D. Ricardo, Angelita y D. Próspero quedaron jugando á las cartas.

LUISITA D. Próspero lleva siempre muchas copas.

SABAS (A Francisca y Ramón). No he de transportar las verjas de este paraiso, sin mostrarme muy obligado á sus atenciones. Me reproduzco de ustedes, afetísimo, y seguro servidor...

LUISITA (Aparte á Juanita). Que besa su mano...

JUANITA ¡No te burles!

LUISITA Si no me burlo. Le ayudo á acabar.

FRANCISCA Les acompañaremos hasta la puerta.

SABAS ¡Oh, no se molestien!

RAMÓN No es molestia. (Vánse por la izquierda). (Al mismo tiempo entran por la derecha Manuel y Cristina).

ESPERANZA (A Manuel y Cristina). (Con intención). ¿Sigue el coloquio?

CRISTINA Es que mi tio cuenta cosas tan bonitas... (Váse D.ª Esperanza).

ESCENA X

MANUEL y CRISTINA

MANUEL Sí, Cristina; verás cómo todo va á cambiar, y cómo los Rubianes de ahora van á ser los Rubianes de antes, con una alegría más.

CRISTINA ¿Cuál?

MANUEL La de que seas tú como la flor temprana entre los robles añosos de la estirpe, dándoles ese perfume de juventud que es el encanto de lo pasado; porque cuando el pasado no es huraño y se complace en aceptar la savia nueva, retoña otra vez con el fuerte anhelo de un porvenir mejor.

CRISTINA Me hablas como el eco de una voz que viene de lejos.

MANUEL Y que nos llama á todos con toques de júbilo á la oración del amor y á la restauración de lo viejo.

CRISTINA ¡La oración del amor!

MANUEL Y tú me has inspirado ese deseo de que en el pequeño mundo de nuestra casa vuelva á reinar el cariño á todos, para merecer de todos el respeto.

CRISTINA Y que no tengamos enemigos, ni egoismos...

MANUEL Y si hay ramas de otro árbol que hayan venido á corromper el nuestro, desgajarlas...

CRISTINA Ya voy entendiendo mejor... Ven. Sigue, sigue. (Se sientan).

MANUEL Y desgajando, es como se ama de veras y se curan desengaños.

CRISTINA ¿Desengaños?

MANUEL Sí; desengaños. Cuando uno vive lejos de su patria, se centuplica el amor á ella... Verás... (Transición). Yo he vivido en Nueva York, la ciudad grande, inmensa, asombro del mundo. Pues yo, entre tanta grandeza, añoraba, y veía con las ansias de mi espiritu mucho más grande á mi pueblecito; mucho más largas que aquellas avenidas, las calles de este rincón amado, y ¡qué valían las torres más gentiles, donde estaba la torre de la iglesia donde me bautizaron; y qué tenían que compararse aquellos parques extensísimos, con nuestra alameda, donde jugué de niño, y cómo envidiar aquellos magnos edificios que en su soberbia quieren escalar el cielo, si mis ojos veían más alta la casona típica de los Rubianes! Y todo esto era el sueño tumultuoso de la nostalgia con ansias irresistibles de volver á la patria nativa... Y un día decidí volver. ¡Qué alegría arreglar todas las cosas, y despedirse de los amigos, y decirles: "voy allá, voy á mi pueblecito", y entrar con mucha prisa en el trasatlántico, empujando nerviosamente á todos!... Y tras los días largos, inacabables de navegación, siempre adivinando allá en el horizonte la aparición mágica, amaneció el día venturoso. Subí saltando de júbilo á cubierta, y una mancha negra, borrosa, me hizo gritar ¡tierra! como el marinero de la flotilla de Colón. Había descubierto la costa de mi patria. Aquella mancha fué precisando sus contornos, y agrandándose, agrandándose... ¡Oh, nadie sabe más que el que ha pasado por ellos, qué solemnes son esos momentos...! Y el trasatlántico fondeó, y echaron la ancha escala, y á ella me precipité con el ansia loca del que va á abrazar á su madre que hace años no

la ve. Y cuando pisé tierra, por un impulso irresistible me hinqué de rodillas... y besé á mi madre, á mi madre patria... Aquel instante fué para mí tan intenso, que creí morir de alegría... Estaba en Cádiz, la ciudad blanca, y bajo el cielo y el sol de Andalucía, corría mi anhelo más que el tren. Dejé el bullicio de Madrid, y volé en busca de mi Cantabria querida, y cuando ví, aún en comienzos del verano, algunas montañas nevadas, y empecé á reconocer algunas casitas de las aldeas cercanas á mi pueblo, parecía que el corázón se me saltaba del pecho... La añoranza había terminado. Ya era realidad todo. Ya el más joven de los Rubianes se encontraba en el hogar de sus mayores... y ¡ay, Cristina! desde ese momento, el más cruel de los desengaños atenazó mi alma, porque, poco á poco, entre la falsa algazara de estos días, sonaron en mis oidos justas quejas de los atropellados, y recibí las visitas interesadas de los pedigüeños que sólo esperan al "indiano" para llorarle falsas desgracias, y contemplé la ruina moral de nuestro nombre por la avaricia de una mujer extraña... Vistas las estrellas desde la tierra, cuanto más lejos, más pequeñas son, ¿verdad? Pues la estrella de nuestro pueblo amado, cuanto más lejos está de nosotros, más grande nos parece. Pero, ¡oh contraste de la visión! Cuando nos vamos acercando á ella, se va empequeñeciendo, empequeñeciendo, y ¡es que la realidad, Cristina, es más fuerte y más cruel, al fin, que la añoranza! ¡¡Dichosos los que no vuelven, porque mueren allá lejos, viendo en el cielo de su ilusión, muy grande y muy hermosa, y muy radiante, la estrella del hogar nativo...!!

CRISTINA Es muy poético todo eso; pero hace da-

ño. ¡Ya ves, me has hecho llorar! (Pausa). Pero ya estoy contenta, y más de tener un tío tan bueno y tan poeta Un poeta un poco triste, porque tiene mucho corazón...

MANUEL Y que va á tí como buscando un refugio...

CRISTINA No creas, que mi corazón también necesita apoyo... Y ya que ha llegado el momento de hacer justicia, quiero ser yo también confidente tuyo, y decirte algo que ..

ESCENA XI

DICHOS, D. RICARDO, PRÓSPERO y ANGELITA, (Por la derecha).

(Cristina y Angelita forman grupo aparte, y harán como que conversan animadamente).

PRÓSPERO Manolo, estos se van.

MANUEL Y tú te vás á caer. ¿A que acabaste la botella?

RICARDO No dejó ni gota.

PRÓSPERO Yo nunca dejé mal á la Corona. Respeté mucho las instituciones, aún en mis tiempos revolucionarios. Lo cortés no quita á lo valiente.

MANUEL (A Próspero). ¿Te parece bien ese estado en que te hallas?

PRÓSPERO ¡Ya lo creo! ¡Envidiable! Estado, soltero. ¡Pregunta, pregunta por ahí á los casados...!

MANUEL No te falta más que venir abrazado á la botella.

PRÓSPERO Y si viniera abrazado á la botella, ¡qué! Demostraría ser agradecido; porque yo no procedo como los demás mortales, que en el trato con las botellas y las personas, en cuanto unas ú otras no tienen nada, las echan á un lado. ¡Ya verías, si tu te quedases vacío! Entonces, el único que te abrazaría sería yo, porque

yo, (con ternura en medio de su estado semiébrio) que comprendo el poema triste de una botella vacía, también sabría mi deber en presencia de un amigo sin nada.

RICARDO (A Manuel). La ha cogido filosófica.

MANUEL (A Ricardo). Y cariñosa; pero hemos de convenir en que es de lo poco bueno que queda.

RICARDO (A Manuel). Conformes.

PRÓSPERO Pues si estorbo, me voy, y hasta el retorno, como dice D. Sabas...

MANUEL Ve á pasearte un poco; pero no marches. Quédate á cenar con nosotros. Don Ricardo y Angelita nos acompañarán. ¿Verdad, Cristina?

CRISTINA (Como saliendo abstraida de la charla con Angelita). ¿Me llamabas, tío?

MANUEL Decía que D. Ricardo y Angelita debían quedarse á cenar con nosotros.

CRISTINA Y se quedarán. ¡Pues pocas cosas tenemos ésta y yo que decirnos!

RICARDO Bueno; y yo ahora acompañaré á Próspero para que se serene.

PRÓSPERO El secretario particular se retira; pero vuelve... con una condición.

MANUEL ¡Ya sé, hombre, ya sé! Hay que abrir á la hora del café otra botella...

PRÓSPERO (Saliendo con D. Ricardo). Da gusto ser secretario de hombres tan inteligentes. (Vánse por la derecha). (Manuel les acompaña sin salir de escena).

ANGELITA (A Cristina). Me parece muy bien. Debes decírselo todo á tu tío. Después de tanta restitución, tienes derecho á que ese grave señor juez te ayude. Y estas co sas, enseguida... ahora mismo. Vámonos por aquí, y vuelves tú sola. Ocasión como ésta... Luego vendré yo por si necesito ayudarte.

CRISTINA Vamos. (Se van por la izquierda).

ESCENA XII

MANUEL; luego CRISTINA

MANUEL (Mirando). Pero, ¿se ha ido Cristina? (Se sienta pensativo). ¿Por qué no puedo pasar sin verla? ¿Por qué ella es mi consuelo en medio de estos desengaños? ¿Qué extraña sensación de sangre moza renueva en mi la primera juventud? Pero, ¡nó, nó! Este es un afecto puro, noble, fraternal. (Meditando). ¡Nó, nó!, no debo engañarme; esto es algo más, esto es... (pausa). En la caída de la tarde me invade una tristeza incomprensible, y si ella no está á mi lado, siento ganas de llorar. ¡Yo nunca he sentido esto! Yo nunca...

CRISTINA (Asomándose por la izquierda). ¿Puede recibirme en audiencia el señor juez?

MANUEL (Yendo hacia ella). ¡Cristina! ¡Cristina!

CRISTINA Te advierto, tiito, que no valen zalemas. Un señor que hace justicia debe estar muy serio.

MANUEL Para tí toda la justicia, pero sin ninguna seriedad.

CRISTINA Pues yo quiero tanta seriedad como justicia.

MANUEL Deja ese tono, y hablemos como dos amigos.

CRISTINA (Muy melosa, acercándose). Sí; como dos amigos que se quieren mucho, que son confidentes, que no tienen secreto el uno para el otro.

MANUEL Yo te oiré, entonces, con todo el fervor de mi alma.

CRISTINA Y yo te hablaré, con toda la sinceridad de mi corazón.

MANUEL ¿Te sientas?

CRISTINA Como ordene mi señor tío. (Se sienta al lado, muy cerca de Manuel).

MANUEL Empiece la penitente.

CRISTINA No soy penitente, poco á poco, que vengo en demanda de que se me haga justicia, nó de que se me otorgue perdón.

MANUEL ¿Vuelves á ponerte patética?

CRISTINA Ni patética ni melosa. Muy natural. Mira, tío Manuel, tú que tienes esas hermosas ideas, que has venido á restituir, no has cuidado más que de las cosas materiales, y aquí hace falta restituir otra cosa más sagrada.

MANUEL ¿Más sagrada?

CRISTINA Sí; el cariño.

MANUEL Lo sé; el acendrado que todos profesaban á la casa de los Rubianes, y que la codicia y el egoismo convirtieron en odio.

CRISTINA Y volverá todo por la restitución; pero eso no es cariño; es respeto, es ascendiente, es autoridad, y yo no te hablo de eso.

MANUEL ¿De qué entonces?

CRISTINA De algo más sencillo; pero más inefable, porque es amor de mujer.

MANUEL ¿Y ese amor?

CRISTINA Fué impedido por ese egoismo y esa codicia de que antes has hablado.

MANUEL ¿También han sido saqueados los corazones?

CRISTINA Y para ese corazón, ¿no habrá piedad?

MANUEL ¿Y quién es la que por tu boca pide justicia?

CRISTINA (Levantándose). Yo misma.

MANUEL (Como anonadado). ¿Tú? (También se levanta).

CRISTINA Yo, que vengo luchando por no ser como otra pobre Juanita, entregada en mercancía al primer D. Sabas que se presente; porque sobre estos pueblos ha caido una plaga infamante: la de hacer una buena boda, de cualquier modo, vendiendo la conciencia, y ahogando los

puros escrúpulos del alma. Y á eso las personas piadosas lo llaman sacramento. ¡Oh, qué impiedad! y ¡qué asco!

MANUEL Pero es que tú...

CRISTINA Soy otra víctima de este ambiente que aquí has hallado, y tienes el deber de ayudarme, de reconstruir mi corazón, que está en ruinas, como la torre de la iglesia, como las escuelas, como el puente...

MANUEL Es que...

CRISTINA ¿Te acobardas? ¿Eres tú el apóstol de la justicia? ¿Es que tu ideal de restitución no pasa de las piedras? ¿Es que el amor. .

MANUEL ¡Calla, Cristina, calla...!

CRISTINA ¡Ves cómo te emocionas! Sí; me has de ayudar, lo sé. (Cogiéndole las manos). Tío de mi alma, ¿verdad que exigirás que triunfe mi amor?

MANUEL Yo no puedo .. ¡Vete, vete!

CRISTINA Pero, ¿es posible? Tío Pablo me amparaba, y yo te quiero como á él le quería.

MANUEL ¡Como á él! Pues yo, Cristina, no te quiero como él.

CRISTINA Tu abandono, tu negativa de auxilio me lo demuestran.

MANUEL Yo no te quiero como él, porque mi amor, Cristina, mi amor... (Yendo hacia ella).

CRISTINA (Separándose como horrorizada). ¡Oh, no, no!.. Pero... usted... (Queda como anonadada).

MANUEL (Como avergonzado). Sí; sí. .

ESCENA XIII

DICHOS y ANGELITA

ANGELITA (Entrando y viendo á los dos). Pero, ¿qué

es esto? ¿Te ha negado su ayuda? ¡Si no puede ser, si tu tío Manuel es muy bueno...!

(Manuel se va, y Cristina se echará sollozando fuertemente en brazos de Angelita).

Telón rápido.

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Sala rica en un pabellón de la quinta del Robledal. Al foro, gran cristalera que da al jardín del acto anterior. Puertas laterales.

ESCENA PRIMERA

RICARDO y CRISTINA; ANGELITA y LUISITA.

(Estas dos asomadas á la cristalera. Llevarán mantilla blanca).

RICARDO (A Cristina). En un año nos han vuelto el pueblo del revés. Tu tío Manuel ha realizado el milagro. Ya todo es cariño para vosotros, y en esta fiesta de hoy, en que se inauguran todas las obras que se rehicieron, parece como que la casa de los Rubianes se rehace también á su antiguo abolengo, en la reconquista del efecto común.

CRISTINA La voluntad recia de mi tío Manuel es el sello de su carácter.

RICARDO Había que verle día tras día, desde el alba hasta el anochecer, inspeccionando las obras, como queriendo aislarse de todos. No hubo para él desde entonces hora de descanso.

CRISTINA Como que fué su manía, y no quiso vivir en esta quinta para estar cerca de las obras, y él sólo habitaba la casona patriarcal de allá abajo. ¡Yo apenas le veía! Venía solamente los domingos á

comer con nosotros, y enseguida se marchaba á convidar á los obreros.

RICARDO Su natural tristeza sólo hallaba compensación en ver cómo esas obras se iban rehaciendo.

CRISTINA ¡Y qué prisa porque se terminasen!

RICARDO Es que esas obras eran otra obra, Cristina: la restitución á vuestro hogar del respeto y veneración de todos.

LUISITA Hacia la plaza se dirige el Alcalde. ¡Vaya una chistera que lleva! Es una chistera digna de verse.

ANGELITA Papá, la fiesta ya debió haber comenzado. ¿Vamos?

RICARDO Cuando quieras.

CRISTINA (Aparte á D. Ricardo). Le suplico que se quede. Para mí se va á celebrar aquí muy pronto una fiesta más solemne.

RICARDO (A Cristina). ¿Qué pasa?

LUISITA Yo no espero más, que allá va D. Sabas con su señora esposa, mi pobre hermana.

RICARDO Ya sé que les acompañaste en el viaje de novios...

LUISITA Y me he divertido mucho. Ya, ya les contaré.

ANGELITA Entonces, qué, ¿en marcha papá?

RICARDO Vete con Luisita. Enseguida iré yo.

LUISITA Y tú, Cristina, ¿no vienes?

CRISTINA Ya sabes que me siento mal hace unos días, y la emoción de ese acto me haría daño.

LUISITA Pues hasta luego.

ANGELITA Hasta luego. (Se van por el foro).

ESCENA II

RICARDO y CRISTINA; luego, MATILDE

RICARDO ¿Y qué es ello?

CRISTINA Que cuando todos estén en la fiesta, llegará aquí mi tío Pablo.

RICARDO ¿Tu tío Pablo?

CRISTINA Sí; mi tío Pablo.

RICARDO Y ¿cómo supiste de él?

CRISTINA El día de mi santo me escribió desde Asturias, á donde se había ido, felicitándome, pero rogándome que nadie supiese dónde se hallaba... Entonces yo le contesté con una carta muy larga, muy larga, contándole todo lo que aquí pasaba: la llegada de tío Manuel, y otras cosas... que Angelita sabe.

RICARDO Y que no me ha dicho.

CRISTINA Y que nadie debe saber.

RICARDO Pero que no le pasan inadvertidas á un viejo... ¡Esa tristeza de Manuel!

CRISTINA Pero yo...

RICARDO Tú has cumplido con tu deber. Y él con el suyo, yendo á vivir á la casona... Y D. Pablo, ¿ha contestado á tu carta?

CRISTINA Sí; y con pocas palabras. No se me van de la memoria: "Si todas las conductas se han rectificado, yo no tengo derecho á seguir en la mía. Cuando todos estén en la fiesta, entraré en la quinta del Robledal. Espérame, y nada digas". Por eso le rogué que se quedase, porque quiero que usted me acompañe en estos momentos. Usted es el mejor amigo de tío Pablo.

RICARDO ¡Y con gran placer le recibiré yo también!

CRISTINA Ya tengo avisada á Matilde para que esté al acecho.

RICARDO ¡Hoy, entonces, es un día completo de alegría para los Rubianes!

CRISTINA ¡Y para mi corazón! ¿Ha leido usted el hermoso artículo de Juan?

RICARDO Es una página de nobleza.

CRISTINA ¿Y aquel final tan bello en que dice que acabados los rencores por la hidalga restitución, también espera que triunfen las almas?

RICARDO He oido á tu propio tío Manuel ensalzar ese trabajo de tu novio.

CRISTINA ¡Mi dicha tendrá siempre la amargura de su tristeza!

MATILDE (Muy emocionada). ¡Señorita, señorita! D. Pablo acaba de entrar en el jardín. ¿Le hago subir por aquí? (Señalando la lateral i«quierda).

CRISTINA Sí, sí. (Se va Matilde). ¡Esto es superior á mis fuerzas!

RICARDO ¡Animo, Cristina, ánimo!

CRISTINA ¡Es mucha felicidad, D. Ricardo!

RICARDO ¡Pero tuviste valor para los más grandes pesares!

ESCENA III

DON PARLO, CRISTINA y DON RICARDO

PABLO (Por lateral izquierda). ¡Cristina!

CRISTINA ¡Tío Pablo, tío Pablo! (Quedan abrazados algún tiempo y con gran emoción),

RICARDO ¡Vamos, vamos, que hoy no es día de llorar! (Separándolos).

PABLO ¡D. Ricardo! (Abrazándole).

RICARDO (Separándose y mirándole). ¡Bien le ha probado á usted este añito de ausencia!

CRISTINA (Jubilosa). ¿Verdad que viene muy bien?

PABLO Si fuese posible descubrir más blancura en mi cabello, veríais que una nueva nevada había caido sobre mi cabeza... ¿Y mis hermanos? ¡Manuel, desde muy niño, demostraba tener un alma muy grande! Tu carta, Cristina, me lo ha confirmado.

RICARDO Es un corazón inmenso.

PABLO Pero herido por una juventud interior que no muere.

RICARDO Pero, ¿qué? ¿Van ustedes á sacar otra vez las lagrimillas?

PABLO Quisiera, antes de ver á nadie, estrechar á Manuel entre mis brazos.

RICARDO Después de la fiesta, irá á la casona que él sólo habita.

PABLO (Mirando la habitación). También yo anhelo verme allí. Esta fastuosidad no se aviene con nuestra condición sencilla.

CRISTINA Hay aquí un aire como de usurpación que asfixia.

PABLO ¡Porque tú también eres de la raza!

RICARDO ¿Otra vez los pucheros? Vaya, pronto, andando. Yo le acompañaré, por donde nadie nos vea, hasta la casona, y mientras llega Manuel, hablaremos allí de todo.

CRISTINA ¿Y yo no voy también?

PABLO Cuando Manuel no quiere venir aquí, es porque tú no debes ir allá.

CRISTINA ¿Por qué he de ser yo la causa de toda su amargura?

PABLO Porque amor es niño loco, que también juguetea entre las canas.

RICARDO ¿Vamos?

PABLO Sí. Enseguida vuelvo, Cristina. Y de mi llegada, por ahora... (Llevando la mano á los labios en señal de silencio). (Vánse por la lateral izquierda).

ESCENA IV

CRISTINA; luego LUISITA, DON PRÓSPERO y ANGELITA

CRISTINA (Se asomará á la cristalera, desde donde se supone que saludará á D. Pablo. Luego mirará en dirección opuesta). Pero ¿terminó tan pronto la fiesta, que viene ya alguna gente? (Se dispone á esperar á los que entran, que son Luisita, D. Próspero y Angelita por el foro). ¿Qué tal, qué tal estuvo esa solemnidad?

LUISITA ¡No me hables! ¡Vengo sudando! Me marché antes de terminar.

ANGELITA ¡Emocionante, Cristina, emocionante!

PRÓSPERO ¡Con decirte que por poco lloro yo y que no esperé á que concluyesen!

CRISTINA No me extraña. Usted, D. Próspero, como todos los que ríen mucho, saben llorar mejor que los que ríen menos.

PRÓSPERO Esa frase, Cristina, si no es de almanaque, te la agradezco mucho.

LUISITA ¡Y nada, que no me pasa el sofocón!

CRISTINA Pero ¡si no hace calor!

LUISITA Si el sofocón me lo dió mi cuñado. ¡Si no es por D. Próspero!

CRISTINA Pero, ¿qué ha pasado?

LUISITA Casi nada: que de pronto, se levantó y quiso hablar. ¡Figúrate!

ANGELITA Todos nos echamos á temblar.

PRÓSPERO Pero yo le di un tirón, y le hice sentarse...

LUISITA Y ni aun así se daba...

CRISTINA ¿De veras?

PRÓSPERO Se conoce que D. Sabas se había aprendido de memoria algún discurso, y no quería que se le quedase dentro.

LUISITA A mi me entró un temblor... Porque me parecía que se iba á arrancar por el "Oigo, patria, tu aflicción", y así como en el viaje de luna de miel...

PRÓSPERO Eso de la luna lo dirás por los cuartos.

LUISITA ¿Por qué cuartos?

PRÓSPERO Por los de D. Sabas. (Risas).

CRISTINA Decías, Luisita...

LUISITA Decía, que así como en el viaje de novios me divertió mucho D. Sabas, aquí, donde todos nos conocen, me pareció que iba á quedar en ridículo toda la familia... Porque habréis de saber que en ese viaje nos ocurrieron cosas admirables.

ANGELITA ¡Cuenta, cuenta!

LUISITA Veréis. Una noche fuimos al teatro, y se nos quedó dormido D. Sabas en un entreacto. Se levantó el telón, y nosotras no nos fijamos... En esto llega muy quedito y amable un acomodador, y le dice á mi hermana: "Dígan ustedes á su *papá* que se descubra". Así lo hizo Juanita; pero se azoró tanto D. Sabas, que al echar las dos manos á la cabeza, con el sombrero le salió también la peluca... y aquello ya fueron dos funciones.

CRISTINA ¡Pobre Juanita!

LUISITA ¡Si se quedó tan fresca!

PRÓSPERO ¿Y D. Sabas?

LUISITA Pues se volvía loco para esconder la peluca... Pero lo más gordo fué en el hotel al día siguiente. Había anunciada en el Congreso una sesión muy borrascosa, y D. Sabas, empeñado en que habíamos de ir. Hizo que le presentaran á un diputado que comía siempre en una mesa cercana á la nuestra, y le pidió tres papeletas para las tribunas, exclamando: "Dispense usted, pero estando aquí, no es cosa de perder una faena parlamentaria que despierta tanta espectoración".

PRÓSPERO ¡Es de lo que no hay!

LUISITA ¡Anda, pues luego se enredó en una charla financiera con el diputado, y no cesaba D. Sabas de exclamar: "¡Hay que enjuagar el déficit, hay que enjuagar el déficit!"

PRÓSPERO Y el diputado, ¿qué dijo?

LUISITA Pues se puso muy grave, y respondió con mucha sorna: "¡Se enjuagará, se enjuagará!"

ESCENA V

DICHOS, DOÑA ESPERANZA y DON SABAS

SABAS (A Luisita). Por marchar tan pronto, os perdisteis lo mejor.

PRÓSPERO ¿Es que habló usted?

ESPERANZA No; fué Juan el que habló. ¡Qué cosas tan bonitas dijo!

CRISTINA (Con emoción). ¿De veras?

SABAS Le felicitó muy emocionante D. Manuel.

ANGELITA Vamos á felicitarle nosotras también.

LUISITA Y que nos repita el discurso.

ESPERANZA Pues si váis, no dejéis de ir enseguida á casa. Juanita se puso algo mala, y me ha encargado que la llevéis unos merengues de la confitería nueva.

PRÓSPERO ¿Merengues ha dicho usted? ¡Pues debe estar gravísima!

ESPERANZA (Con vanidad). ¡Antojos!

PRÓSPERO (Aparte á D.ª Esperanza). ¿Antojos de ella, ó ilusiones de usted?

ESPERANZA ¡Envidioso!

PRÓSPERO De todos modos, le recomiendo que encienda dos velas á Santa Rita... que es abogada de imposibles .. Niñas, esperad, que voy con vosotras. ¡En esa confitería nueva hay un vinillo...!

CRISTINA Y yo voy á arreglar varias cosas allá adentro... (Se despiden, saliendo por el foro Próspero, Angelita y Luisita, y Cristina por lateral izquierda).

ESCENA VI

DON SABAS y DOÑA ESPERANZA

ESPERANZA Como están para llegar D. Ramón y D.ª Francisca, no está bien que yo me quede aquí. Me marcharé con Cristina, esperando el resultado de la entrevista. Supongo, querido yerno, que si hay ocasión de quedarse con esta hermosa quinta, no será desperdiciada. Acaso no puedan realizar fondos en las pocas horas que faltan.

SABAS En esto de los negocios, D.ª Esperanza, soy un hombre muy reto. Plazo cumplido, dinero á la mano. Mañana á medio día vence el préstamo, y esta misma tarde quedará todo arreglado, bien ó mal. Las condiciones están muy claras: ó se me entrega el dinero, ó me quedo con la finca. Habrá usted oido que me he cerrado á la banda; no hay prorrogación que valga.

ESPERANZA En igual trance pusieron ellos á los Padilla...

SABAS Me parece que llegan...

ESPERANZA Pues yo me voy. (Váse por lateral izquierda).

ESCENA VII

DON SABAS, RAMÓN y FRANCISCA

(Estos por el foro).

FRANCISCA D. Sabas, después de lo hablado, nos hemos decidido á llamar aquí á Manuel, para descubrirle nuestra verdadera situación. Vendrá enseguida.

SABAS Han hecho ustedes bien.

RAMÓN Pero volvemos á decirle que es muy fuerte que en un día como el de hoy le importunemos... Es muy pronto.

FRANCISCA Acaso él mismo, dentro de unos días, sin decirle nada, premie nuestros sacrificios, y entonces....

SABAS Vuelvo á decirles que estas operaciones son muy serias, que el préstamo vence mañana, y que necesito saber hoy lo que mañana va á ocurrir...; porque unas veces por fas, y otras por cenefas, pues se enredan las cosas, y no sabe uno...

RAMÓN Comprenda usted...

SABAS Lo comprendo todo; pero una cosa es el gran afeto que les profeso, y otra cosa el dinero. El dinero es de lo más serio que hay en el mundo. Nadie como los franceses lo han dicho: "Los amicis son los amicis y los afaires son los afaires". (Pronunciándolo como está escrito).

RAMÓN Pero esta finca siempre estará respondiendo...

SABAS No se cansen, que yo soy un hombre muy serio...

RAMÓN Pero razonable.

FRANCISCA Déjalo ya...

SABAS D.ª Francisca lo comprende mejor que usted, D Ramón. Somos iguales en los procedimientos.

FRANCISCA Esa es una insolencia

SABAS Eso mismo habrán dicho los Padilla...

FRANCISCA Nosotros hemos dado dinero sobre aquel préstamo.

SABAS — Mal hecho. Eso es corromper á los deudores... Veo, D.ª Francisca, que no ha nacido usted para estos negocios...

ESCENA VIII

DICHOS y MANUEL. (Por el foro).

MANUEL — En cuanto recibí vuestro recado, me apresuré á venir.

SABAS — Me retiro, porque ustedes tendrán que hablar.

MANUEL — No creo que estorbe usted...

FRANCISCA — Es que le llamaban allá dentro... (Aparte á D. Sabas). Váyase y espere.

SABAS — (A Manuel). Así es, y me voy. Hasta luego. (Váse por la izquierda).

MANUEL — Y ahora, vosotros diréis.

RAMÓN — Sentémonos. (Se sientan).

MANUEL — ¿Tan grave es de lo que vamos á tratar?

RAMÓN — Verás... Francisca te lo explicará mejor.

FRANCISCA — Nosotros no te diríamos nada, si no fuéramos víctimas de la codicia de un amigo que en mal hora entró en esta casa.

RAMÓN — Se refiere á D. Sabas...

MANUEL — ¿D. Sabas? ¡A ver, á ver!

FRANCISCA — Atendiendo tus loables indicaciones, hemos hecho los mayores sacrificios por reconstruir todas esas obras, cuya terminación hoy se ha celebrado... Pero la prisa en hacerlas en un año, como tú querías, con los materiales y los jornales tan caros, nos obligó á gastar hasta la última peseta, viéndonos precisados á pedir prestada cierta cantidad á D. Sabas sobre esta finca del Robledal. El préstamo vence mañana á mediodía, y, ó pagamos, ó D. Sabas se queda con todo esto.

MANUEL — Mucho aprecié yo vuestro proceder; pero después de lo que me contáis, vuestro sacrificio se agranda á mis ojos.

RAMÓN — ¡Gracias, gracias!

FRANCISCA Y como tú dijiste que no nos *pesaría* hacer lo que hemos hecho...

MANUEL Os dije que no os pesaría, porque os quedaría tranquila la conciencia. El acto de hoy, ¿no ha valido de resarcimiento á todos vuestros sacrificios? Reconquistar el afecto y el cariño de este pueblo, ¿no os produce gran satisfacción?

FRANCISCA Sí; pero nosotros esperábamos de tí que nos resarcieras de tanto gasto.

MANUEL ¿De modo que vosotros, al hacer lo que hicísteis, fué calculando un nuevo negocio?

RAMÓN No es eso.

MANUEL ¡Qué sabes tú, pobre hermano, de estos cálculos del egoismo!

FRANCISCA Considera que el pueblo nos ha arruinado.

MANUEL ¿Y vosotros no habíais arruinado antes al pueblo?... Pues estáis en paz.

FRANCISCA Aunque nosotros hubiésemos sido los únicos contratistas, la reconstrucción de las obras ha supuesto el doble de aquellas ganancias.

MANUEL Mejor para vuestra conciencia. Más ennoblecido quedará así el arrepentimiento, en el que yo he creído siempre.

RAMÓN Pero la realidad de nuestra ruina...

MANUEL Pero ¿era vuestro lo que teníais?

FRANCISCA Nuestro.

MANUEL No.

RAMÓN Sea como fuese, esperamos que tú evites, por ahora, al menos, que D. Sabas se quede con esta finca.

MANUEL Pues si pensasteis en mí, os habeis engañado. Os digo con toda verdad, pues yo nunca miento, que si bien traje de América algún dinero, no es el fortunón que el sueño de vuestra codicia imaginó.

FRANCISCA No necesitas para negarte, inventar semejante modestia de recursos.

MANUEL (Levantándose). Tú eres la que no quieres

renunciar á tus sueños de codicia. He traído lo suficiente para pasar el resto de mis días con decoro, y nó con lujos, que no entran en mi condición.

FRANCISCA Pues eso ha sido disponer del caudal ajeno, sin riesgos, y eso tiene un nombre.

MANUEL ¿Por qué no acabas? Eso tiene un nombre: estafa; porque te he estafado á tí, que ponías á rédito tu aparente arrepentimiento.

FRANCISCA Llamas arrepentimiento mío, á una quijotería tuya. Sois una familia de locos, llenos de una vanidad plebeya.

RAMÓN Francisca, repara...

MANUEL Te estás ofendiendo á tí misma.

FRANCISCA Es que yo no soy, ni quiero ser de los vuestros.

RAMÓN Os excedéis todos...

FRANCISCA No me excedo en nada. El nombre tuyo que llevo me avergüenza.

MANUEL Nos avergüenza.

RAMÓN ¡Calma, por Dios, calma!

FRANCISCA Ténla tú, que demuestras no tener ni sangre, ni hiel. Quédate con ellos, que yo no he venido aquí á soportaros.

MANUEL Estabas muy confiada, y no creías que Pablo y yo llegaríamos á desenmascararte.

FRANCISCA El que puso careta de adinerado fuiste tú.

MANUEL Yo nunca me envanecí de cosa tan miserable.

FRANCISCA Ni yo de haberme unido á quienes presumen de ostentar una fácil humildad, que es orgullo ridículo.

MANUEL Nos insultas á mansalva, porque sabes que somos incapaces de castigar como se merece tanta procacidad.

RAMÓN Pero considera, Manuel...

MANUEL Tienes razón, me contendré... por tí.

RAMÓN Y piensa que será un bochorno que don Sabas nos eche de esta casa.

FRANCISCA ¿Qué vas á esperar tú de los que se gozan en volver á la casa vieja?

MANUEL Te engañas. Hay un medio para que esta quinta no vaya á manos de don Sabas.

RAMÓN ¿Cuál?

MANUEL Que la adquiera nuestro hermano Pablo.

FRANCISCA ¡Ah! No te faltaba más que eso. Añadir á la maldad, la burla.

MANUEL Es la burla del Destino. Sí; Pablo ha vuelto, y abajo en la casona está. El socio que fué causa de su bancarrota, rehizo su fortuna con los negocios de la guerra, y ha devuelto, íntegro, su cuantioso caudal á nuestro hermano. Atrévete, tú, que le echaste de nuestra casa villanamente, á suplicarle.

FRANCISCA Yo no le eché. (Retirándose hacia el foro).

MANUEL Sí, tú; Tomás, discípulo aprovechado en la escuela de tu codicia, me lo ha contado todo. Aquel suelto del periódico fué cosa tuya.

RAMÓN ¿Es posible?

FRANCISCA ¡Basta de rebajamientos! ¡Maldita la hora en que me uní á vuestra casa! Me voy, que aún no necesitamos ninguno de los míos pasar por las humillaciones de los Rubianes. (Váse rápidamente). (Ramón trata de seguirla).

MANUEL ¡Bendita sea esta hora en que nos dejas!

RAMÓN Pero hermano...

MANUEL (Sujetándole). Tú, aquí, que ahora empiezas á ser libre.

RAMÓN (Abrazando á Manuel), ¡Manuel, Manuel!

MANUEL ¡Sí; á mis brazos, que son tu salvación!

ESCENA IX

DICHOS y PABLO

PABLO (Entrando, ve á Ramón y va á abrazarle). ¡Ramón!

RAMÓN No soy digno de que me abraces.

MANUEL (A Pablo). Dile que ahora más que nunca merece nuestro cariño.

PABLO Ahora y siempre.

RAMÓN ¡Perdón!

PABLO ¿De qué?

RAMÓN He sido un miserable.

PABLO Para ser delincuente, hay que tener voluntad, y tú nunca quisiste hacer mal.

RAMÓN Yo también debo huir... (En actitud de marcharse).

PABLO ¡Refugiándote en mis brazos! (Se abrazan. Transición). ¿Pero qué diablos habéis dado á Francisca, que iba hecha una exhalación, y ni siquiera me miró?

MANUEL Se ha hecho justicia á sí misma.

PABLO Ella sí necesitaba perdón, y yo no se lo hubiese negado. ¿Por qué la dejásteis marchar?

RAMÓN ¡No se atrevía á verte!

PABLO Pues va camino de salvación, y merece amparo espiritual; porque si ha reconocido al irse que no debía verme, eso me obliga á mí á olvidarlo todo.

RAMÓN ¡Es mucha tu generosidad!

PABLO Es un sencillo deber; porque es algo tuyo, Ramón, y algo nuestro que debemos redimir. Cuando haya pasado algún tiempo, cuando ella no pueda sentir humillación, vendrá á nuestro lado, y cuidaremos su alma.

MANUEL Sí; y todos juntos labraremos la felicidad de todos

PABLO (A Manuel fijamente y como un mandato). Sí; ¡la de todos!

MANUEL (Pensando, y luego resueltamente). ¡La de todos! (Se separará con disimulo, marchándose por el foro).

RAMÓN (A Pablo). La fiesta de hoy repercute ahora aquí dentro. (Señalando el corazón).

PABLO (A Ramón). Tenías el corazón dormido, y ha despertado. (Se abrazan. Transición).

RAMÓN Pero, ¿Manuel se ha ido?

PABLO Manuel ha pasado por muchas emociones, y necesita descanso.

ESCENA X

PABLO, RAMÓN y CRISTINA. Luego, RICARDO

CRISTINA (Saliendo apresuradamente). Papá, D. Sabas y D.ª Esperanza se impacientan. Dicen que están aguardando vuestra contestación. Pero, ¿qué contestación es esa que todo se vuelven cuchichear?

RAMÓN Nada; una cosa sin importancia.

CRISTINA ¿Van á comprar esta casa? Porque doña Esperanza anda de un lado á otro mirando los muebles, y diciendo que son muy elegantes; pero que hay que darles otra colocación.

PABLO ¿De qué se trata?

RAMÓN Os digo que no tiene importancia. (Aparte á Pablo). Ven, y te explicaré.

CRISTINA Algo grave es cuando queréis que yo no lo sepa.

PABLO ¡Curiosa! Con ser tan buena como eres, no dejas de ser mujer.

CRISTINA (Melosamente). ¿Me riñes?

PABLO (Acercándose á ella). ¿Pucheros como las niñas pequeñas? Vaya, retiro lo de curiosa para sustituir el reproche. ¡Mimosilla!

RAMÓN ¿Vamos?

PABLO (Viendo á D. Ricardo que entra por el foro). Mira, Cristina, ya tienes compañía.

RICARDO Pero, ¿dónde anda metida la gente? Me dejásteis solo en la casona, y á eso no hay derecho.

RAMÓN No se vaya, D. Ricardo, que acaso le necesitemos.

PABLO Siempre á sus órdenes. (Se van Pablo y Ramón á una habitación que se supone en la primera lateral derecha).

ESCENA XI

RICARDO y CRISTINA

RICARDO ¡Ya estarás contenta!

CRISTINA ¡Ay D. Ricardo! ¡Más triste que nunca!

RICARDO ¡Vamos, chiquilla, no disparates!

CRISTINA Yo necesito volcar mi corazón en una confidencia íntima, y usted, que es tan bueno, que es tan generoso, deme un consejo, ampáreme.

RICARDO ¿Qué es ello?

CRISTINA Vengo luchando hace un año... y no sé si cumplo con mi deber.

RICARDO ¡Tu tío Manuel!

CRISTINA Sí, D. Ricardo, hay momentos en que me siento capaz de amarle, porque su alma es joven, porque cuanto ha hecho es digno de una admiración pasional, y porque en su semblante, que irradia bondad, hay por mi culpa un deje inmenso de amargura.

RICARDO Por tu culpa, nó.

CRISTINA Sí, por mi culpa de falta de fortaleza para ir hacia él en una efusión que á veces siento, pero que al propio tiempo me hace temblar.

RICARDO La fortaleza consiste en no forjarse quimeras, y en no engañarnos á nosotros mismos. Tu corazón va hacia él por misericordia, y en el amor, Cristina, la misericordia es un pecado.

CRISTINA Sí; es una mezcla de amor y de piedad que me da alientos para todo; pero se interpone en esta lucha el recuerdo de mi Juan, que es el amor sólo, y me siento cobarde, y quisiera estrujar mi corazón para no dejar en él ni una gota de sangre, y con mi muerte resolverlo todo.

RICARDO Ese es un delirio insano.

CRISTINA Porque ir tras mi felicidad, pensando en que pueda ser dolor ajeno, y en que ese

dolor recaiga en quien no merece más que sacrificio, sería un egoismo que yo misma no me perdonaría nunca.

RICARDO ¿Y no sería peor atarte á la vida con un amor que no es amor, que es abnegación? Tú no puedes dar, á quien tienes hondo afecto, un engaño de amor, ni puedes huir de tu amor, engañándote á tí misma.

CRISTINA Es que hay momentos en que dudo, en que me creo fuerte, para poder amar á uno, y dejar de amar al otro.

RICARDO Esa es tu bondad que rebosa, y que te engaña. Son dos sentimientos tan diferentes los que en tí batallan, que la fortaleza es lograr separarlos.

CRISTINA Pero, yo no puedo, yo no quiero vivir así, en esta lucha que me consume... ¿Qué debo hacer?

RICARDO Sólo una cosa, Cristina: no engañarte.

CRISTINA Y ¿cuál sería aquí el engaño?

RICARDO ¿Para quién?

CRISTINA Para todos.

RICARDO Pues el engaño para todos sería, Cristina, el sacrificio.

CRISTINA Pero, ¿el sacrificio no es siempre excelso?

RICARDO En pleitos del amor juvenil, nó. En pleitos de ese amor, el sacrificio es una mentira dolorosa que mana sangre toda la vida. Sólo lo humano es lo verdadero.

CRISTINA Si yo sintiera tan fuerte mi egoismo, esta confidencia, D. Ricardo, me habría curado; pero sigo dudando...

RICARDO Es que crees que dudando cumples un deber, y ese es tu error... (Transición). Tu padre y D. Pablo vienen hacia aquí. Estás muy emocionada, y pudieran notar tu pena...

CRISTINA Me iré.,. ¡Gracias, D. Ricardo, gracias!

RICARDO Te hablé con la misma sinceridad que hablaría á mi propia hija.

CRISTINA Lo sé, D. Ricardo; por eso yo le hablé como á un padre. (Váse por la izquierda).

ESCENA XII

DON RICARDO, DON PABLO y DON RAMÓN

PABLO Sé, D. Ricardo, que usted está enterado de todo, y como D. Sabas espera una respuesta, hay que dársela.

RICARDO En sus negocios siempre procede así. Cuando cree tener una presa en sus manos, no perdona medio ni tiempo.

RAMÓN No tengo autoridad para reprochar ese egoismo; pero su proceder con nosotros ha sido tan apremiante, que bien merece que esta finca no vaya á sus manos.

PABLO Sí, Ramón, no hemos de fomentar la codicia de D. Sabas; pero tampoco salirnos de nuestra condición de sencillos, que seguirá siendo el emblema de los Rubianes. No debe ofuscarnos nunca la riqueza; porque la fortuna es saber poseerla discretamente; que aquél que para que le vean tenga que subirse á la pila de su oro, más bien causará menosprecio que admiración. (Transición). D. Ricardo, dígale á D. Sabas que se le pagará; pero escriba también á los Padilla que esta posesión sigue siendo de ellos, y que las obligaciones que sobre la quinta pesan, las satisfagan cuando puedan y como quieran. A ellos les corresponde este lujo, en el que han nacido. Nosotros vayamos á nuestra casa solariega donde se respira nuestra vida, y donde está el altar de nuestra raza. Desde allí haremos todo el bien que podamos, que siendo humildes como hasta aquí, seremos más poderosos. ¡Dichosos los que al volver al solar nativo no olvidan lo que fueron!

RAMÓN ¡Dichoso yo, que me siento curado de mi mal!

RICARDO Ahora mismo veré á D. Sabas. ¡Pues poco que me regocija á mi esta embajada! Los pondré de patitas en la calle. (Váse por la izquierda).

PABLO ¡Ramón, hermano mío, vayamos á vivir nuestra vida, y á esperar la muerte bajo el mismo techo de los nuestros! ¡Este debe ser el santo ideal de los "indianos"!: ¡Preparar nuestros ataudes con las mismas tablas de nuestras cunas...!

RAMÓN ¡Hermoso ideal, que devuelve el reposo á mi alma!

PABLO Cristina también prefiere habitar en la casa solariega, y enseguida volará á ella como un pájaro que busca su verdadero nido... Vamos. (Vánse por el foro).

ESCENA ÚLTIMA

CRISTINA; luego, MANUEL, por el foro

CRISTINA ¡Buena es esa! Empeñados en que yo no me he de enterar de nada. Ahora, es don Ricardo quien quiere hablar solito con D. Sabas y D.ª Esperanza... Y aquí, nadie. ¡Para que me entregue á mis crueles meditaciones! ¡Esta soledad es mi mayor enemigo! (Meditando). D. Ricardo no se engañaba... Hay en mí un egoismo irresistible que me lleva hacia mi Juan... Y esto será muy humano; pero por lo mismo es muy despreciable. . Y siento vergüenza y temor cuando se me representa aquella melancolía de mi tío, todo bondad, y quisiera poder acercarme á él, y no puedo...

(Al ver que aparece Manuel, Cristina trata disimuladamente de escapar á su presencia).

MANUEL ¿Huyes de mí?

CRISTINA No; tío Manuel, no.

MANUEL Pues venía á buscarte. Desde aquella tarde, hace un año, en el jardín, nos hemos huido uno del otro. Tenía que ser así. Debía ser así. Hoy vengo á reanudar, para terminarlo, aquel diálogo interrumpido.

CRISTINA ¡Agradezco la magnanimidad de tu corazón!

MANUEL La quimera de mi corazón, habrás querido decir.

CRISTINA Quimera, ¿por qué?

MANUEL Porque los hombres, Cristina, que nos creemos fuertes, que nos creemos capaces de hacer las mayores justicias, cuando esa justicia toca á nuestro egoismo, caemos en la injusticia, como los demás.

CRISTINA Cuando yo acudí á tí en demanda de auxilio, nunca pude sospechar... ¡Perdón por aquel instante para los dos tan amargo!

MANUEL Perdón te lo vengo á pedir yo, que no supe ser dueño de mi mismo... como ahora lo soy.

CRISTINA ¿Como ahora?

MANUEL Como ahora, Cristina. Faltaba una última restitución. Hace un momento, unas palabras de mi hermano Pablo acabaron de fortalecerme. Salí entonces, ya victorioso de mi mismo, y fuí á buscártelo, y le hice venir, y abajo en el jardín te espera.

CRISTINA ¿Juan?

MANUEL Sí; y me habló tan apasionado, que á poco estuvo de volver á encender el fuego en mi corazón. ¡Qué cobardes somos los que tenemos alma...! Pero cobré valor, al fin, para traértelo yo mismo...

CRISTINA ¡Tío Manuel, tío Manuel! Eres un cora-

zón muy grande, y eso me obliga más á tí.

MANUEL No soy más que un hombre frío y razonable. Así debieran ser todos los que al llegar desde muy lejos, pretenden asaltar con su oro los santuarios de la juventud, creyendo ser felices, sin pensar en que van á vivir para siempre desunidos con una mujer que no puede amarlos, porque la vida íntima, Cristina, de dos seres, sólo está en la igualdad de los hervores de su sangre...

CRISTINA Pero el cariño puede subsistir.

MANUEL El cariño no es el amor. El cariño es todo espiritualidad. El amor. .

CRISTINA Me hablas de un modo...

MANUEL Me lo dijiste muy bien tú aquella tarde, y no se me olvida. Tú te rebelabas dignamente contra las que hacían traición á su honestidad.

CRISTINA Yo no me figuraba que...

MANUEL Sí; que en aquel momento me decías una verdad muy dolorosa. Pero todo ha concluído... Anda, corre, ve en busca de tu felicidad, que espera...

CRISTINA (Va hacia el foro, se detiene, y exclama con gran efusión). ¡Un beso de cariño, tío Manuel!

MANUEL De la pureza de ese beso puedes responder tú. Del que yo te diera ahora, acaso no... Pero no olvido esa ofrenda; porque yo volveré á América, y regresaré cuando sea tan viejo como mi hermano Pablo, y entonces, cuando tenga sobre mis rodillas á tus hijos y ambos los besemos, entonces, sí; entonces, ante ellos, y con la misma pureza que para ellos, posaré mis labios sobre tu frente... Ahora, vete, que es cruel que le hagas esperar. No te detengas...

CRISTINA (Vacilando). No sé, no sé...

MANUEL ¡Vete, Cristina, vete; que bastante han sufrido vuestros corazones!

(Cristina entre presurosa y vacilante, mira hacia la cristalera, se supone que ve á Juan, y marcha presa de una pasión juvenil)

(Manuel al ver que se ha marchado, corre y exclama): ¡Cristina! (Ahoga el grito, y esconde su cabeza entre las manos).

Telón rápido.

FIN DE LA COMEDIA

Precio: DOS pesetas